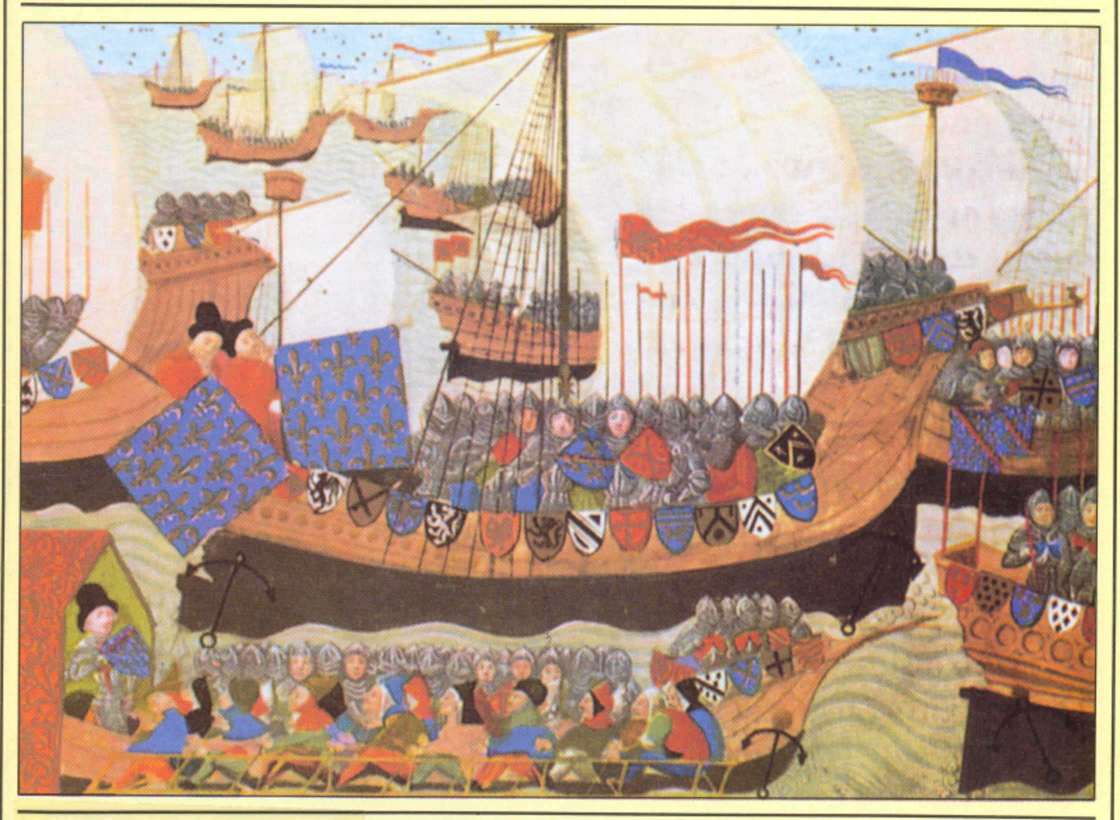
CUADERNOS
historia 16

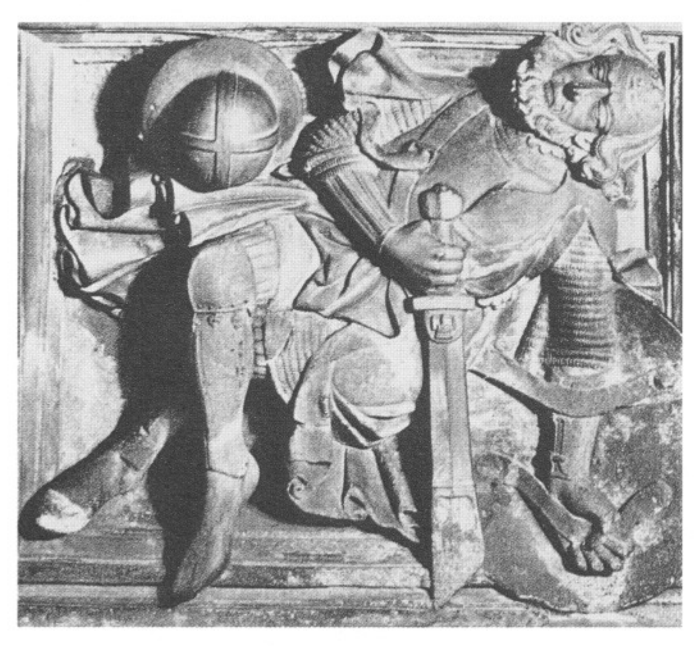
La guerra en la Edad Media

Emilio Mitre



266

190 ptas



Guerrero en un relieve de la catedral de Estrasburgo, siglo XIV

Indice

LA GUERRA EN LA EDAD MEDIA

Por Emilio Mitre Fernández.
Catedrático de Historia Medieval.
Universidad Complutense. Madrid.



La guerra en la Baja Edad Media

Emilio Mitre Fernández
Catedrático de Historia Medieval. Universidad Complutense. Madrid

LA expresión *crisis de la Baja Edad Media* es ya un lugar común dentro de la historiografía europea. Múltiples han sido los estudios acometidos desde las más diversas perspectivas: las relaciones internacionales, la vida social y económica, las actividades intelectuales, las estructuras eclesiásticas... Las conclusiones tienen siempre algo en común: la estabilidad y el relativo esplendor alcanzados por el Occidente a partir del siglo XI empiezan a quebrar en las últimas décadas del siglo XIII.

Se ha destacado que la conciencia de crisis estaba presente ya en las propias generaciones que la sufrieron. Así, en la Francia de principios del XIV se hablará de *los buenos tiempos del Señor San Luis* para idealizar los años centrales del siglo XIII. En Cataluña, a su vez, se recordará el 1333 como *lo mal any primer* para definir el conjunto de desgracias que, a partir de esta fecha, se abatirán sobre la sociedad del Principado. Cuando los hombres de los siglos XIV y XV claman *A fame, bello et peste, libera nos, Domine!* están responsabilizando al hambre, la peste y la guerra como causas de sus desgracias. Cada uno de estos factores por sí solo podía tener una limitada incidencia en las poblaciones. Sin embargo, la concatenación y recurrencia de los tres flagelos podían tener unos efectos demoledores.

Resulta extremadamente convencional presentar el Bajo Medievo como una época particularmente sacudida por los conflictos bélicos. Todo el Medievo, en efecto, fue pródigo en enfrentamientos militares de los que los testimonios narrativos han dejado cumplida referencia. Sin embargo, hay algo que queda fuera de duda: la mayor fuerza de los Estados, la tendencia a la constitución de ejércitos permanentes y la mayor capacidad mortífera del armamento, hicieron de la guerra un fenómeno que golpeó duramente las conciencias de las sociedades de los siglos XIV y XV. Hacia 1386, el autor francés Honoré Bovet en su *Arbol de las batallas* destacaba la generalidad y crueldad de las guerras del momento, diciendo que no había por entonces ningún país de la Cristiandad, por muy pequeño que fuera, que gozara de verdadera paz.

Los mentores ideológicos del Bajo Medievo heredaron muchas de las viejas pautas que justificaban ciertas modalidades de guerra o que ennoblecían las funciones de sus protagonistas.

Todas las actividades de la vida cotidiana, incluso las más sórdidas, disponían de una especie de homologación mística. La guerra, por supuesto, no se libró de este proceso mental. La vida del hombre era presentada como una especie de combate que servía de propedéutica para la otra vida. Los sacramentos y otros auxilios espirituales constituían las armas o, en su caso, las medicinas espirituales administradas por los sacerdotes, considerados como *médicos de las almas*.

Distintas guerras emprendidas por la Cristiandad europea eran vistas como una especie de psicomaquia. Así, San Bernardo, a principios del siglo XII en su *De laude novae militiae* hablaba de *malicidio* para definir la muerte del enemigo de la fe. Un siglo más tarde, el abad y cronista Pedro des Vaux de Cernay, presentaba en su *Historia albigensis* la lucha entre católicos y heréticos en el sur de Francia como un combate entre las fuerzas del Bien y del Mal.

Las analogías entre lo espiritual y lo militar fueron harto frecuentes, según Contamine, por dos razones: porque la omnipresencia de la guerra hacía que los oyentes comprendieran mejor estos ejemplos, y porque una larga tradición mantuvo un despiadado combate entre las cohortes celestiales y las legiones diabólicas. Tales ideas se transmitieron al Bajo Medievo con algunos autores —Bertolomé de Urbino, Juan Gerson, Bernardino de Siena— que seguían predicando la comparación entre las guerras temporales y las espirituales.

El principio de guerra justa

La defensa del recurso a las armas en ciertos casos había forjado el concepto de *guerra justa* en el que confluyeron elementos romanos y canónicos.

San Isidoro *(Etimologías,* lib. XVIII, cap. 1) menciona cuatro clases de guerra: justa, in-

Retrato de Juan I de Castilla (del Libro de los retratos de los Reyes del Alcázar de Segovia)



justa, civil y más que civil. La primera tenía que acoplarse a alguno de estos tres principios: vengar un agravio, expulsar al invasor o ser declarada por autoridades legítimamente constituidas. Desde la primera mitad del siglo XII, la doctrina escolástica profundizó en estos esquemas. El camaldulense Graciano añadiría una cuarta circunstancia a la guerra justa: la conducción dentro de ciertos límites.

Ya en el Bajo Medievo, Juan de Legnano menciona siete clases de guerra: cuatro justas y tres injustas. Entre las primeras estaban: la guerra *romana*, conducida contra los infieles; la guerra *judicial* emprendida contra rebeldes a fin de imponer el orden; la guerra conducida por autoridad legítima para reparar injusticias; y la guerra *presuntuosa* emprendida por rebeldes a la autoridad de un juez; la guerra *temeraria* e *ilícita*, similar a la anterior; y la guerra *voluntaria* u *ofensiva* conducida por autoridades seculares sin permiso del príncipe.

Una sociedad como la medieval, dominada por valores y coartadas religiosas, dispuso de múltiples motivos para justificar acciones armadas cubiertas con el manto de guerra *justa* e incluso *santa*. La secularización de la vida intelectual —perceptible ya en el siglo XIII según la magistral obra de G. Lagarde— contribuyó a enriquecer el concepto de justicia de ciertas operaciones militares. Aunque se insistiese en argumentos no comprometidos con presupuestos de orden espiritual, éstos no eran ni mucho menos rechazados.

Sin duda, el discurso pronunciado por Juan I de Castilla en las cortes de Segovia de 1386 sintetiza perfectamente esta actitud. Con motivo de su enfrentamiento dinástico con Juan de Gante, duque de Lancaster, el soberano Trastámara dirá que se estaban dando todas las condiciones para que los castellanos tomaran las armas: defensa de la fe, defensa del rey legítimo, defensa de la tierra y defensa de sí mismos.

Antítesis y paliativos a la guerra: paz, tregua y arbitraje

Incluso en casos de flagrante agresión, la guerra era presentada como el recurso último para la defensa de una causa justa.

La paz, por su parte, era presentada —incluso por autores que redactaron tratados sobre las virtudes del combatiente— como un bien digno de la más alta estima. La Iglesia había creado en torno al Año Mil toda una casuística para combatir, o al menos, paliar la violencia generalizada. Fue el principio de *Paz y Tregua de Dios* predicadas con el ánimo de proteger de los efectos devastadores de las guerras al personal no combatiente, cosechas, animales de labor, etc. Paralelamente se trataba de limitar el número de días en que se consideraba lícito hacer uso de las armas.

La idea fue tomada por los poderes laicos de Occidente a medida que se fueron reconstruyendo. Así, los soberanos del Sacro Imperio proclamarían en numerosas ocasiones las *Landfrieden* con intención de acabar con las guerras privadas y reservarse el monopolio de la violencia. El modelo fue seguido por todos los príncipes del Occidente con muy irregulares resultados.

El Bajo Medievo fue pródigo en escritos que ensalzaban los beneficios de la paz. En torno a 1324, Marsilio de Padua redactaba su *Defensor pacis*, tratado en el que no se hablaba tanto de paz internacional como de paz civil alterada por el empeño pontificio de ostentar la *plenitudo potestatis* sobre el conjunto de la sociedad cristiana. En los años siguientes, en un Occidente víctima de la conflagración generalizada de la Guerra de los Cien Años, textos bajo el título de *Le livre de la paix* serían redactados por Cristina de Pisan o el borgoñón Georges Chastellain.

De forma similar aparecieron otras obras que cifraron la estabilidad general en la existencia de un poder arbitral capaz de mediar en los más variados conflictos. El *De Monarchía* de Dante, defenderá la existencia de la idea de imperio *(romano,* por supuesto) como instrumento de equilibrio de la Cristiandad europea. Por los mismos años, el consejero de Felipe IV de Francia, Pierre Dubois, abogaría por una prevención de la guerra mediante instituciones apropiadas. Para ello se precisaría la existencia de un arbitraje internacional al margen de toda autoridad imperial o pontificia. Propone, para ello, una especie de confederación de monarcas, cuyas diferencias serían solventas por una asamblea de árbitros elegidos por su *prudencia, experiencia y fidelidad.*

En Pierre Dubois y en otros autores bajomedievales se trata de reavivar el viejo ideal de confrontación con el Islam como la mejor vía de entendemiento entre los monarcas europeos. El peligro turco facilitaba el mejor pretexto. A fines del XIV, el poeta francés Eustaquio Deschamps se expresa en estos términos. Medio siglo después el papa Pío II hizo una invocación similar intimidando a Maho-



Muerte de Pedro I de Castilla

met II con la *potencia del pueblo cristiano,* ilustrada en la suma de las virtudes militares de los pueblos europeos. Por los mismos años, Jorge Podiebrad, un husita moderado llegado a rey de Bohemia, propugnaría la organización de una nueva Europa invocando la *caridad mutua y fraternidad en medio de una loable unión*. Sería la vía para terminar con las miserias y guerras que acosaban en los distintos reinos. Tal proyecto era presentado como una *alianza defensiva de la cristiandad contra los turcos*.

Los principios de unidad, paz, arbitraje, etc., seguían, así, lastrados por inercias del pasado.

Sin embargo, ni la guerra continuada ni la paz general darán el tono a la sociedad europea del Bajo Medievo. El signo más característico es el de la tregua. Según Honoré Bovet suponía una esperanza de paz... y, de hecho, una paz siempre inestable alterada por el ejercicio de la violencia de quienes habían hecho de las armas una profesión. Contamine ha establecido para la primera fase de la Guerra de los Cien Años —*grosso modo* entre 1337 y 1400— 28 años de guerra abierta por 36 años, correspondientes a distintos periodos de tregua oficial.

Resulta difícil, en muchas ocasiones, saber si unas negociaciones se entablan con vistas a una tregua —suspensión temporal de hostilidades— o para fijar las condiciones de una paz en firme tomada como fin acordado de una guerra. Muchos conflictos, además, se extinguen sin formalidades de este tipo. Será, por ejemplo, el caso de la Guerra de los Cien Años, el conflicto más sangriento del Bajo Medievo: no concluye ni con un acuerdo de paz ni con la renuncia de la monarquía inglesa a sus derechos al trono francés. Llega su fin, lisa y llanamente, con la expulsión de los británicos de este lado del Canal, salvo de la ciudad de Calais.

La guerra bajomedieval: arte y técnica

Hacia 1519, Nicolás Maquiavelo inició la redacción de su *Dell'arte della guerra,* texto que ha creado la imagen de la Italia del Renaci-

miento como creadora y codificadora de una filosofía y un arte de la guerra. Sin embargo, en los siglos precedentes no faltaron los textos orientados en esta dirección.

Los autores del Medievo recurrieron con frecuencia a versiones de la obra de un contemporáneo de San Agustín, Flavio Vegecio, titulada *De re militari.* Igualmente, interpretaron ciertas obras del pasado clásico como exaltadoras de las virtudes militares. Entre ellas se encontraban las *Décadas* de Tito Livio, vertidas al francés y al castellano —aquí por el canciller y cronista Pero López de Ayala— en la segunda mital del siglo XIV. De 1360 es la redacción del *De bello, de represaliis et de duello* de Juan de Legnano, que habría de crear escuela en lo que a conducción de la guerra se refiere. Unos años más tarde, el alemán Conrado Kyeser escribía su *Bellifortis*, descripción de los instrumentos militares de la época.

La continuidad e intensidad de los conflictos bélicos bajomedievales exigieron una movilización de esfuerzos cada vez mayor. La fiscalidad de estos siglos tiene en la guerra uno —aunque, desde luego, no el único— de sus motores. Así la batalla por controlar el Estrecho de Gibraltar, bajo Alfonso XI, provocó el desarrollo de un impuesto que habría de ser característico de la fiscalidad castellana: la alcabala. En Francia, desde el principio de la Guerra de los Cien Años se va imponiendo la *taille* o *fouage*. La guerra provocó, a su vez, que los presupuestos de la corona inglesa se disparasen: según Postan a lo largo del primer tercio del siglo XIV se pasa de las 40/70 mil libras anuales a las doscientas mil.

El botín obtenido en operaciones militares o por rescate de prisioneros —vg. el muy crecido de Juan II de Francia apresado por los ingleses en Poitiers en 1356— contribuyeron también a alimentar el esfuerzo de guerra. Pero en más de una ocasión sus efectos fueron contraproducentes: así, una Francia repetidamente esquilmada por las bandas armadas, poco podía ofrecer a veces a las ávidas arcas de los poderes públicos. Petrarca diría a mediados del siglo XIV, que el país era un montón de ruinas. En 1435, Eneas Silvio Piccolomini, en viaje al Norte de Europa, diría que en Francia escaseaban ya hasta las ruinas... Tales expresiones tienen, sin duda, mucho de retórico, pero expresan bien la inseguridad y penuria del territorio galo durante buena parte del Bajo Medievo.

El número de combatientes movilizados para las grandes campañas nunca fue muy elevado. Hay que desconfiar de las cifras dadas por los cronistas que tienden siempre a la hipérbole. Los treinta y dos mil soldados ingleses sitiadores de Calais en 1346 constituían un respetable ejército. Un siglo después, Carlos VII de Francia no moviliza de una vez más de veinte mil hombres para expulsar a los ingleses del país. Lo que parece claro es que los poderes públicos van prefiriendo la calidad y disciplina a la cantidad y el valor anárquico.

Las batallas campales que enfrentaron a varios milllares de combatientes no fueron muy numerosas aunque algunas —Crecy, Azincourt, Aljubarrota, Nicópolis, Tannenberg— fueran espectaculares y de decisivos resultados. Se prodigaron más otro tipo de operaciones. Serán los golpes de mano característicos de las zonas de frontera: castellanos contra granadinos, ingleses contra escoceses... Serán las cabalgadas, incursiones habituales en la Francia de la Guerra de los Cien Años: consisten en la penetración de columnas de soldados —bastan unos pocos miles— hasta el corazón del territorio enemigo a fin de destruir sus recursos económicos y minar la moral de la población. O será la ocupación del territorio del rival merced a la conquista de importantes plazas. Así, Calais, tomada por los ingleses en 1347 les permitió tener una cabeza de puente a este lado del Canal durante toda la guerra. La conquista de Harfleur, Caen y Rouen por Enrique V en los primeros años del siglo XV, permitió a la casa de Lancaster un dominio férreo sobre Normandía. Por el contrario, su fracaso unos años después, frente a Orleans les impidió la progresión al sur del Loira.

La expugnación de ciudades —más que los encuentros a campo abierto— impulsó el desarrollo de un arma cuyos rudimentos en Occidente parecen remontarse al cerco de Niebla, a fines del siglo XIII: la artillería. Dado su elevado costo, sólo los príncipes y algunas importantes ciudades pudieron permitirse el lujo de disponer de un arma tan innovadora. El hábil manejo de los cañones ayudó decisivamente a Carlos VII de Francia a expulsar a los ingleses de las posiciones que antes habían conquistado. Por los mismos años (1543), la artillería turca batía sin piedad los muros de Constantinopla y ponía fin al Imperio Romano de Oriente. En la recta final del siglo, la artillería real facilitaría a los Reyes Católicos la con-

Caballeros castellanos del siglo XIV (miniaturas del Libro de los Caballeros de Santiago, *Archivo Municipal de Burgos)*


de burgo
Juã martines de burgos
comẽdador de la orden de Santiago
y Regidor

quista del reino de Granada cubierto por una red de importantes plazas fuertes.

A la par que la artillería —arma nueva— las dos armas tradicionales de los conflictos medievales experimentaron un notable impulso. Desde tiempo inmemorial, el caballo era la seña de identidad del guerrero medieval. Al lado de formaciones de caballería ligera (jinetes castellanos, *hobelars* ingleses...) funcionaba otra acorazada a las que se encomendaba la misión de romper las líneas enemigas. La armadura (loriga de mallas o conjunto de placas metálicas articuladas) experimentó un perfeccionamiento progresivo. A mediados del siglo XV, el soldado de la caballería pesada (el *hombre de armas* por excelencia) tenía un impresionante aspecto. Sin embargo, las armas de tiro y su uso perfeccionado, le habían convertido en un combatiente demasiado vulnerable.

La artillería pudo dar a fines del XV un golpe mortal a la caballería, pero ya años atrás, el infante armado de alabarda, ballesta o arco largo, había causado graves estragos a la gente montada. Las compactas masas de arqueros usadas por los ingleses contra los escoceses en Falkirk en 1298, y luego contra franceses (Crecy, Poitiers) o castellanos (Nájera, Aljubarrota) resaltaron el valor militar de las gentes de a pie, hasta entonces pieza secundaria en la estrategia militar.

Las marinas al servicio de los Estados del Occidente acabarían mostrándose también como un importante arma, no sólo en los choques frontales —tipo batalla de L'Ecluse en 1340 entre ingleses y franceses— sino, además, en otro tipo de operaciones: en el transporte de importantes efectivos humanos y vituallas —caso inglés— o en el hostigamiento del comercio del enemigo. La guerra en la Baja Edad Media se libra, desde luego, en los campos de batalla, pero también en las rutas mercantiles: Canal de la Mancha y Golfo de Vizcaya, en donde se enfrentan las potencias comprometidas en la Guerra de los Cien Años; mar Báltico en donde chocan daneses y hanseáticos; o el Mediterráneo, escenario de la pugna por la hegemonía entre genoveses y venecianos o entre aragoneses y angevinos.

Los limitados recursos de los poderes políticos bajomedievales impedían que la guerra fuera tan *total* como retóricamente dejan traslucir algunos textos de la época. Sin embargo, la concentración de esfuerzos, el uso casi *integrado* de las distintas armas y la progresiva especialización de los combatientes, permiten hablar de los siglos XIV y XV como del período en que la guerra y sus protagonistas apuntan ya hacia pautas más *modernas,* y, consiguientemente, más destructivas.

Imagen y actuación del combatiente. De la función a la profesión

Desde principios del siglo XI, y de la mano de dos obispos —Adalberón de Laón y Gerardo de Cambrai—, el Medievo popularizó una imagen de la sociedad. En ella se reconocía la existencia de tres categorías con sus funciones bien definidas. Los servicios que cada una de ellas prestaba a las otras dos eran garantía de estabilidad. La masa constituía el orden de los *laboratores*, identificados, esencialmente, con el campesinado. Una minoría regía los asuntos espirituales: eran los *oratores*. Otra minoría estaba al frente de los asuntos temporales: eran los *bellatores*, *pugnatores* o *defensores*.

Pese a los cambios que el desarrollo económico fue introduciendo en la sociedad europea, los ideólogos se mantuvieron sustancialmente fieles al sistema tripartito. Así se expresaron ilustres cronistas del Bajo Medievo como el franco-hainuyer Froissart en la segunda mitad del siglo XIV o el castellano Díez de Games y el borgoñón Georges Chastellain en el siglo siguiente. Una abundante literatura contribuyó, a su vez, a glorificar las funciones del guerrero a quien se identificaba, fundamentalmente, con aquel que se movía en las esferas de la casta feudal. A fines del XIII, Ramón Llull exaltó a la caballería en un texto (*Libro de la orden de caballería*), que es todo un compendio de virtudes para los comprometidos en el ejercicio de las armas. Algo más tarde, Don Juan Manuel haría algo similar en su *Libro del caballero et del escudero*. Distintos autores dedicaron sus mejores páginas a cantar las glorias militares tomadas como motor de la historia. Determinados caballeros acabaron, a su vez, por ser protagonistas de importantes textos narrativos: el Príncipe Negro, Beltrán Du Guesclin, Pero Niño, el mariscal Boucicaut, etc.

Sin embargo, como ya advirtió Huizinga, lo heroico empieza a ser sustituido por el artificio de lo heroico. Contrasta la exaltación superlativa de unas virtudes caballerescas con la sordidez de unas guerras que, abiertamente, contradicen los principios éticos pregonados por la literatura.

En efecto, la imagen del combatiente como miembro de una clase encargada de defen-



Francesco I Sforza (Biblioteca Nacional, París)

der al conjunto de la sociedad, cuadraba ya mal con la realidad del Bajo Medievo. Junto a los contingentes estrictamente *feudales* —los que luchan en virtud de su rango social y a cambio de un *beneficium* recibido de su señor— los príncipes fueron explotando otras posibilidades que les brinda su creciente poder. Podían ser los efectivos de las milicias comunales o los extraídos de la pura y simple movilización en masa (el *arrière-ban)* de todos los habitantes del reino con capacidad para mantener las armas entre los 15/20 y los 60 años. Los monarcas disponían así, de reservorios militares importantes en número, pero demasiado heterogéneos y, por ende, de dudosa eficacia militar llegada la hora.

Ello explica que príncipes y ciudades importantes recurran con frecuencia a mercenarios para satisfacer sus necesidades militares. A fines del siglo XII se hablará de *brabanzones, aragoneses, triaverdinos y coteleros*, para definir las gentes armadas a sueldo (los *routiers*) contra los que el III Concilio de Letrán lanzó un anatema especial. Las pautas morales establecidas consideraban poco admisible combatir por dinero en vez de por obligación *funcional.* Con todo, el mercenariado siguió siendo utilizado por los diferentes poderes públicos en sus conflictos armados. Así, veremos a los monarcas franceses reclutando contingentes de ballesteros provenzales y genoveses que combaten junto a los procedentes del *arrière-ban* o del *servitium debitum* feudal. Efectivos al servicio indistintamente de uno u otro monarca combatirán durante la segunda mitad del siglo XIV en los distintos teatros de operaciones: son las llamadas *compañías de aventura* mandadas por personajes como Aimerygot Marchés, John Hawkod o Arnaud de Cervole. Después de 1400, un tipo similar de combatientes (los *écorcheurs*) sembraron también el pánico en territorio francés.

Los poderes públicos trataron de limitar la anarquía provocada por estas bandas a través de distintas reglamentaciones que, con el tiempo, perfilaron ejércitos profesionales con visos de permanencia. La recluta selectiva propició, desde principios del siglo XIV, la di-

vulgación de contratos (*condotas, lettres de retenue, indentures*...) por los que un príncipe o una ciudad adquiría los servicios de un capitán y su gente por un tiempo determinado. Tales operaciones —caso de la Italia del Trescientos y el Cuatrocientos— pueden permitir a la larga a algunos de esos capitanes convertirse en amos de la situación. Casos como los de Castruccio Castracani, convertido en señor de Luca en 1327, o de Francesco Sforza, duque de Milán desde 1450, son altamente ilustrativos.

En el Occidente, la creación de órdenes de caballería (la Banda en Castilla, la Jarretera en Inglaterra, la Estrella en Francia o el Toisón de Oro en Borgoña) supuso un intento de revitalizar el viejo *ethos* militar feudal conjugado con la estricta fidelidad de sus miembros al príncipe. Sin embargo, para la creación de un ejército real fueron más eficaces las disposiciones legales que, tras largas experiencias, posibilitaron la creación de unas fuerzas armadas estables, dependientes de los reyes y pagadas por ellos. El modelo más acabado fue ideado por Carlos VII de Francia, a mediados del siglo XV. La Gran Ordenanza promovió la recluta de un determinado número de *lanzas*: unidades de combate a caballo que constituyeron un pequeño, pero efectivo ejército móvil. La Pequeña Ordenanza creó un cuerpo a pie para cubrir las guarniciones del país recién reconquistado a los ingleses. El cuerpo de *francs-archers*, exentos de impuestos y pagados por las parroquias, constituyó una económica infantería nacional. Paralelamente, los hermanos Boureau dotaron a las fuerzas reales de una potente artillería. Algunos años más tarde, los Reyes Católicos tendrían en la Guerra de Granada un excelente banco de pruebas para que, a partir de experiencias anteriores (levas municipales, contingentes de Hermandad, huestes señoriales), se constituyera un ejército suficientemente operativo.

Con todo, la *nacionalización* de los ejércitos dista mucho de ser una realidad a fines del Medievo. El recurso a los mercenarios sigue siendo moneda corriente. A mediados del siglo XV, Gilles le Bouvier redactaba una obra —*Description des pays*— en la que se recogen, entre otras cosas, las virtudes guerreras de cada pueblo. Los suizos, presentados como *gentes crueles y rudas,* se llevaban la palma en estos años, como servidores militares de los diversos poderes políticos.

La guerra y sus factores

DIVERSOS factores pesan en los conflictos armados del Bajo Medievo. Algunos serán decisivos. Otros semejan más simples pretextos.

Resulta difícil encontrar un conflicto militar del Bajo Medievo que pueda invocar el factor religión como único motor. Sin embargo, la ubicuidad del hecho religioso a lo largo de toda la Edad Media hace que muchas guerras se vean condicionadas por circunstancias —o meras coartadas— espirituales.

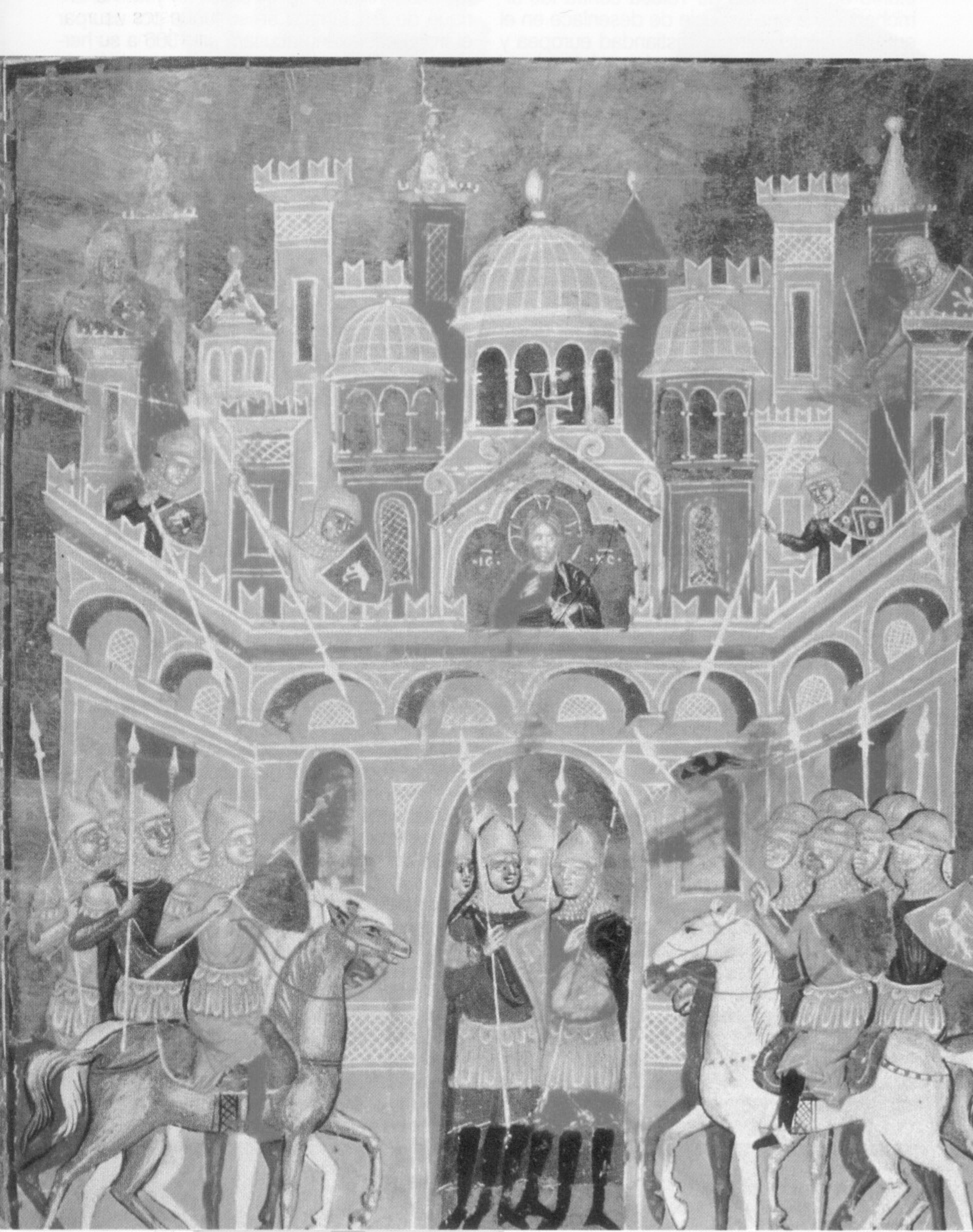
1) La idea de cruzada y su crisis:

La caída de San Juan de Acre en manos de los musulmanes (1291) puso fin a la aventura de los occidentales en Tierra Santa. El ulterior proceso a los Templarios (1307-12) lo fue a una orden militar a la que, entre otras cosas, la opinión pública acusaba de haber dejado de servir sus intereses fundacionales. Por estas fechas, la idea de Cruzada había sufrido ya numerosas críticas, especialmente por ser la plasmación de un abusivo ideal teocrático pontificio. Sin embargo —como ya hemos adelantado— algunos ideólogos del Occidente siguieron manteniendo el ideal cruzadista como medio de unión de la sociedad europea frente a un enemigo común. Incluso algunos autores, que en su juventud fueron críticos ante la predicación de la cruzada, llegados a la madurez, se manifestaron como sus sinceros admiradores. El caso de Eneas Silvio Piccolomini puede resultar paradigmático: en 1443 critica a Eugenio IV por promover una cruzada contra los turcos, pero, llegado a papa unos años más tarde, se convertirá en uno de los paladines de la idea...

Tanto en Occidente como en Oriente, el Islam seguía siendo el objetivo número uno a batir mediante una guerra religiosa.

En la Península Ibérica, ocupado el valle del Guadalquivir, los monarcas castellanos orientan su actuación militar a controlar el Estrecho de Gibraltar a fin de evitar nuevas sorpresas desde el Magreb. El *Poema de Alfonso Once-*

Los caballeros defienden Jerusalén (miniatura del siglo XIV *de la obra* Descriptio Terrae Sanctae)



no, redactado a mayor gloria de este soberano, alcanza sus momentos más dramáticos en la guerra contra granadinos y benimerines. La batalla del Salado (1340) es equiparada al triunfo de las Navas de Tolosa contra los almohades y a una especie de desenlace en el enfrentamiento entre la cristiandad europea y la barbarie africana. Siglo y pico más tarde, la campaña contra Granda emprendida por los Reyes Católicos podía recubrirse también de un manto ideológico religioso.

En relación con el Este de Europa, el factor religioso fue insuficiente para impulsar un esfuerzo militar contra la agresión turca. La derrota de los caballeros occidentales en Nicópolis (1396) fue un serio aldabonazo de aviso. En los años siguientes, los esfuerzos para unir a las cristiandades de Oriente y Occidente (concilio de Florencia de 1439) a fin de superar el trauma del cisma y de conjurar el común peligro otomano, se revelaron inútiles. La caída de Constantinopla en manos de Mahomet II acabaría hipotecando políticamente las comunidades cristianas balcánicas durante varios siglos.

La idea de cruzada en el más estricto sentido jurídico, se orientó tradicionalmente contra los enemigos de la fe cristiana: musulmanes y, secundariamente, paganos del área báltica. Existen también otros brotes más espontáneos y, consiguientemente, más anárquicos que se desarrollan paralelamente a los movimientos oficiales. En el Bajo Medievo aún se manifiestan en estallidos como una cruzada popular de *pastoureaux* hacia 1320 que recuerda otra habida a mediados del siglo anterior. O en pintorescos intentos como el del maestre de Alcántara Martín Yáñez de la Barbuda que, en un arrebato emocional invadió el Reino de Granada en 1394 seguido de una turba de desheredados, sólo para obtener un rotundo fracaso.

2) Guerra, cisma y herejía:

La cruzada fue también el expediente utilizado por la Santa Sede para erradicar la disidencia religiosa en el interior del Occidente. Bajo el título de *negotium fidei et pacis* se había predicado a principios del siglo XIII la cruzada contra los cátaros del Mediodía de Francia con una terrible eficacia. A la postre fueron también los enemigos domésticos del Pontificado los que sufrieron el peso de este instrumento que, ante las conciencias más críticas, estaba experimentando una devaluación progresiva. Así ocurrió, por ejemplo, con Pedro III de Aragón, excomulgado por el papa Martín IV quien, en 1285, lanzó contra sus Estados hispánicos un ejército de cruzados franceses. La operación se saldaría con un fiasco total.

El manto religioso cubrió muy variadas operaciones militares de los siglos XIV y XV. Así Enrique de Trastámara en su lucha por usurpar el trono castellano acusará en 1366 a su hermanastro Pedro I de tirano, pero también de hereje. En 1429, Juana de Arco arropó sus éxitos militares con una mezcla de vago misticismo y elemental patriotismo... Sin embargo, serán el estallido del Cisma de Occidente en 1378 y ciertos brotes auténticamente heréticos las circunstancias que faciliten coartadas religiosas de más entidad.

El Cisma de Occidente fue utilizado por los dos bandos —romanistas y aviñonistas— para lanzarse terribles acusaciones. No sólo eran los papas respectivos objeto de reprobación por la parte contraria, sino también los monarcas que habían optado por una u otra obediencia. Esta venía en buena medida condicionada por el alineamiento político en la Guerra de los Cien Años. Los contendientes de este conflicto generalizado dispusieron, así, de un arma propagandística para desprestigiar a sus rivales.

En concreto, en los años ochenta del siglo XIV la acusación de cismático frente a un antagonista acaba siendo moneda corriente. Así, en 1383, con la cobertura jurídica de *cruzada* amparada por Roma, el obispo de Norwich dirigió una operación contra las fuerzas francesas ocupantes de Flandes. Entre esta misma fecha y 1385, los partidarios de Juan I de Avis —romanistas a la postre, como sus aliados ingleses— acusarían de cismático a Juan I de Castilla, pretendiente al trono lusitano y aviñonista como sus socios franceses. En 1386, el propio Juan I de Castilla acusa de cismático a su rival Juan de Gante, duque de Lancaster,... y los ejemplos se multiplican hasta el aburrimiento.

El factor religioso, sin embargo, resultó poco decisivo en estos conflictos. Mucho más importante lo fue en otra gravísima conmoción que sacudió en el siglo XV toda la Europa Central: la herejía husita.

El movimiento tiene una enorme complejidad, de ahí que resulte difícil su encuadramiento en una sola categoría. Algunos autores como J. Macek han resaltado las circunstancias sociales en las que el husismo se desenvolvió; circunstancias que harían de él no tanto una herejía como un movimiento social con hondas raíces populares.

Aunque esto no pueda ponerse en duda, re-



Izquierda: *Beltrán Duguesclin.* Derecha: *Juan II de Castilla (grabados de la* Historia de España Ilustrada, *de Rafael del Castillo)*

sulta igualmente incuestionable que son ideales religiosos los que sirven de cemento de unión a los distintos grupos sociales que invocan el nombre de Juan Hus tras su ejecución en Constanza en 1415. Así ocurrirá entre los moderados utraquistas, defensores de la comunión de los laicos bajo las dos especies; y entre los radicales taboritas partidarios de una verdadera subversión social amparada en una violenta aplicación de los ideales evangélicos.

Hay que tener en cuenta además otro hecho: el que Roma recogiera el guante, utilizando contra los husitas el arma tradicional de la cruzada. Fracasada en varias ocasiones, obtendría al fin una importante victoria en Lipany que erradicó las más violentas expresiones de la herejía y posibilitó, en los años siguientes, la existencia de una iglesia autónoma checa.

El fenómeno husita anticipa, al menos en sus distintas manifestaciones formales, lo que será el posterior estallido protestante. Las guerras de religión de la Europa moderna disponen, así, de un magnífico precedente.

Conflictos sucesorios y guerras dinásticas

Las dos grandes monarquías con aspiraciones universales mantuvieron en el Bajo Medievo el principio de sucesión por vía electiva. Papas y Emperadores lo eran merced a la votación de cuerpos electorales a los que se había dotado de una regulación formal: el colegio de cardenales para los Pontífices y un colectivo de siete príncipes (cuatro laicos y tres eclesiásticos) para los soberanos del Sacro Imperio.

Ello no evitó el que los conflictos en estas dos altas instituciones menudeasen. Así, el Imperio conoció dos importantes crisis sucesorias: en 1314 y 1410. De hecho, tres grandes

familias —los Wittelsbach, los Luxemburgo y los Habsburgo— ostentan la titularidad del Imperio en distintos momentos a lo largo del Bajo Medievo. En el campo pontificio, la más grave crisis es la habida a partir de 1378 como resultado de una doble elección. Será la raíz del Gran Cisma de Occidente liquidado oficialmente en el Concilio de Constanza (1414-1418). Las elecciones de papa objeto de contestación se seguirán produciendo en los años siguientes, pero sin alcanzar tal dosis de dramatismo.

En las monarquías del Occidente, la sucesión por vía hereditaria en el primogénito se había consolidado a lo largo del Pleno Medievo. Esta circunstancia dotó de una cierta estabilidad política a las comúnmente denominadas *monarquías feudales* que, progresivamente, fueron identificándose con entidades seminacionales. No faltaron, sin embargo, complicaciones a la hora de aplicar este principio de sucesión. Así, a la muerte de Alfonso X de Castilla (1284) aún no se había establecido debidamente la primacía: se dudaba si la corona había de recaer en el heredero del ya fallecido primogénito —infante Fernando de la Cerda— o en el segundogénito vivo: el que había de ser Sancho IV...

El agotamiento de la línea directa de la dinastía reinante, o el simple golpe de estado de un pretendiente contra el monarca legítimo, marcarán poderosamente las trayectorias políticas de las monarquías europeas desde principios del siglo XIV hasta fines del XV.

Siguiendo un orden cronológico, nos encontraremos con el siguiente panorama:

1) *Guerra de los Cien Años:* Supone el conflicto político —o cadena de conflictos políticos— más destacado de todo el mundo bajomedieval. (Por su trascendencia le dedicamos un capítulo especial en este cuaderno.)

Prima hoy la idea de que su estallido no fue causado directamente por una cuestión dinástica: la extinción en 1328 de la rama mayor de los Capeto, gobernante en Francia desde fines del siglo X. Sin embargo, la coartada dinástica será frecuentemente utilizada por los soberanos ingleses para intervenir militarmente en Francia.

2) *Los Trastámara en el trono castellano (1366-9):* Estamos ante otro episodio de la Guerra de los Cien Años, que trae la sustitución violenta de un monarca legítimo —Pedro— por su hermano bastardo Enrique de Trastámara. Más que un cambio de dinastía supone la sustitución de la rama mayor de la casa de Borgoña por otra espúrea.

La definitiva legitimación del cambio sólo se producirá diez años después. En efecto, los derechos esgrimidos por Juan de Gante, duque de Lancaster, a la corona castellana (por su matrimonio con una hija de Pedro I) plantearán serios problemas a Enrique II y, sobre todo, a su sucesor Juan I. El conflicto se liquidará mediante una avenencia en 1388: compromiso matrimonial de los herederos de los dos Juanes —Catalina de Lancaster y el Infante Enrique— que obtendrían el título de Príncipes de Asturias.

En este conflicto —al igual que en otros de este tipo— los contendientes esgrimieron, tanto razones morales como estrictamente dinásticas. Así, Enrique II acusará a Pedro I de tirano y enemigo de la fe cristiana, con lo que dio a la guerra el sentido casi de una cruzada y al fraticidio de Montiel la dimensión de un auténtico tiranicidio. En los años siguientes, tanto Juan I como Juan de Gante —puenteando indudables tachas familiares— fundamentarán su legitimidad, remontándose a generaciones atrás. El castellano invocará a los antepasados de su madre los infantes de la Cerda; el inglés se remontará a su bisabuela (!) la infanta castellana Leonor, esposa de Eduardo I de Inglaterra.

3) *El ascenso de los Avis en Portugal (1383-5):* Al morir Fernando de Portugal (1383) el trono había de recaer en su hija Beatriz, casada meses atrás con Juan I de Castilla. Los recelos de buena parte de la opinión pública portuguesa, temerosa de una absorción por Castilla, abrirán un grave conflicto. Tiene —entre otras— una dimensión abiertamente dinástica y, como el conflicto castellano antes citado, se inscribe también en la gran conflagración que es la Guerra de los Cien Años.

La entronización del maestre Juan de Avis como rey de Portugal en 1385, supone un importante relevo dinástico sólo consolidado a costa de un sangriento conflicto con sus vecinos castellanos. Sus secuelas se prolongan aún hasta los inicios del siglo siguiente, cuando los Trastámara renuncian a cualquier veleidad, bien de absorción del reino lusitano o bien de instalación, frente al de Avis, de otros monarcas más manejables: los infantes don Juan o don Dionís, hermanastros de Juan de Avis refugiados en suelo castellano.

4) *Los Lancaster y el trono inglés:* En 1399 un auténtico golpe de estado acaba con el reinado de Ricardo II, muerto misteriosamente meses después. Su primo Enrique de Lancaster, hijo de Juan de Gante, ascenderá al trono encabezando una amplia coa-



Batalla de Auray, 1364, en la que los franceses, mandados por Beltrán du Guesclin derrotaron a los ingleses

lición nobiliaria hostil a los pujos autoritarios del rey destronado. Como en el caso castellano no se puede hablar en puridad de una nueva dinastía —por más que esta figura sea comúnmente admitida— sino de una rama de la dinastía ya reinante: la Plantagenet. Y como en el caso castellano, estamos ante una especie de revolución nobiliaria cuyos efectos tratarán de ser limitados por el nuevo beneficiario del trono.

5) *El relevo dinástico en la Corona de Aragón:* La muerte en 1410 de Martín el Humano, último representante de la Casa de Barcelona, provocó en la Corona aragonesa un vacío de poder que varios pretendientes trataron de colmar. En 1412, el controvertido Compromiso de Caspe eligió como nuevo monarca a un infante de Castilla: Fernando de Trastámara, tutor a la sazón de su sobrino Juan II. Tal decisión y sus secuelas han sido juzgadas con gran apasionamiento: desde iniquidad contra Cataluña (L. Domènech i Montaner) a proceso de autodeterminación de un pueblo (R. Menéndez Pidal). La entronización de Fernando trajo un acercamiento dinástico entre los dos principales Estados peninsulares. Y, casi de inmediato, provocó una breve guerra entre el nuevo monarca y otro de los candidatos al trono: Jaime de Urgel, vencido y obligado a rendirse en Balaguer. Bajo los sucesores de Fernando —Alfonso V y sobre todo, Juan II— los conflictos entre la nueva dinastía y las instituciones del Principado catalán desembocarán en guerra abierta.

6) *El caso napolitano:* Aquí los aragoneses obtendrán un éxito notorio que culmina una carrera iniciada en 1282 con las Vísperas Sicilianas. En 1421, Juana II de Nápoles, enfrentada a Luis de Anjou, prohijó a Alfonso V de Aragón, a cambio de apoyo militar.

La cuestión se haría harto conflictiva a la muerte de la reina, dados los recelos antiaragoneses de las principales ciudades italianas. Alfonso V se vio embarcado en una prolongada aventura militar, que empezó con un grave fracaso: su derrota y prisión en la batalla naval de Ponza (1435). Sin embargo, la habilidad diplomática del aragonés y su renovado esfuerzo militar darían al fin sus frutos: en 1442 entraba triunfante en Nápoles.

Estos seis casos no agotan, ni mucho menos, la dimensión dinástica —bien sea primordial o simplemente accesoria— de los conflictos europeos del Bajo Medievo. Otros Estados de menor envergadura política conocieron situaciones similares, aunque, a veces, sin llegar a la guerra abierta:

— El pequeño reino de Navarra, estratégicamente ubicado entre tres grandes potencias (Castilla, Francia y la Corona Aragonesa) conoce distintas casas reales desde fines del siglo XIII: los Capeto, los Evreux, los Trastámara, los Foix y los Albret.

— Sobre Escocia los poderosos vecinos del sur mediarán en los conflictos dinásticos o propiciarán otros de forma artificial: caso de la protección inglesa al clan de los Balliol, frente a la familia de los Bruce, desde finales del siglo XIII.

— El caso mallorquín, en donde la dinastía independiente establecida en el testamento de Jaime I fue violentamente liquidada por Pedro IV de Aragón tras la batalla de Luchmajor (1349). El archipiélago balear quedará, de esta forma, integrado definitivamente, en los Estados de la rama mayor de la casa de Barcelona.

— El caso bretón. El ducado de Bretaña será, desde 1341, víctima de una guerra endémica entre dos familias: los Montfort y los Blois. En tierra bretona, precisamente, ingleses y franceses tratarán más de una vez de saldar sus diferencias.

— El caso borgoñón, surgido con la muerte en 1364 del duque Felipe de Rouvres y la elevación, frente a otros candidatos, de un príncipe de la casa real francesa: Felipe el Atrevido.

— El caso de Artois, que se arrastrará entre 1302 y 1329 y enfrentará a su condesa Matilde con su sobrino Roberto.

De hecho cualquier Estado señorial puede plantear en el Bajo Medievo conflictos sucesorios jurídicamente similares a los de una corona real. Tampoco hay que olvidar que la Edad Media se cierra en el Occidente con dos graves crisis sucesorias: la que entroniza en Inglaterra a Eduardo Tudor y la que instala en el trono castellano a Isabel la Católica.

Guerras intestinas

Los autores del Medievo distinguieron —tal y como hemos adelantado— entre guerra *civil* y *más que civil*. La primera tenía lugar entre conciudadanos. La segunda también entre parientes.

Todo el Medievo fue pródigo en conflictos librados en escalones inferiores al del Estado contra Estado. Muchas de las guerras no superaron las pautas de lo jurídicamente feudal: señores contra vasallos. El factor nobiliario condiciona muchas veces la dimensión *civil* de las guerras medievales: se trata a menudo de enfrentamientos entre facciones aristocráticas que acaban arrastrando a toda una pléyade de familiares y clientes en una cadena de venganzas y revanchas. Incluso los que podrían definirse como conflictos internacionales de los siglos XIX y XX tienen una buena dosis de guerra civil *more medievale*.

Dos escalones podríamos establecer :

1) Unidades políticas tipo reino:

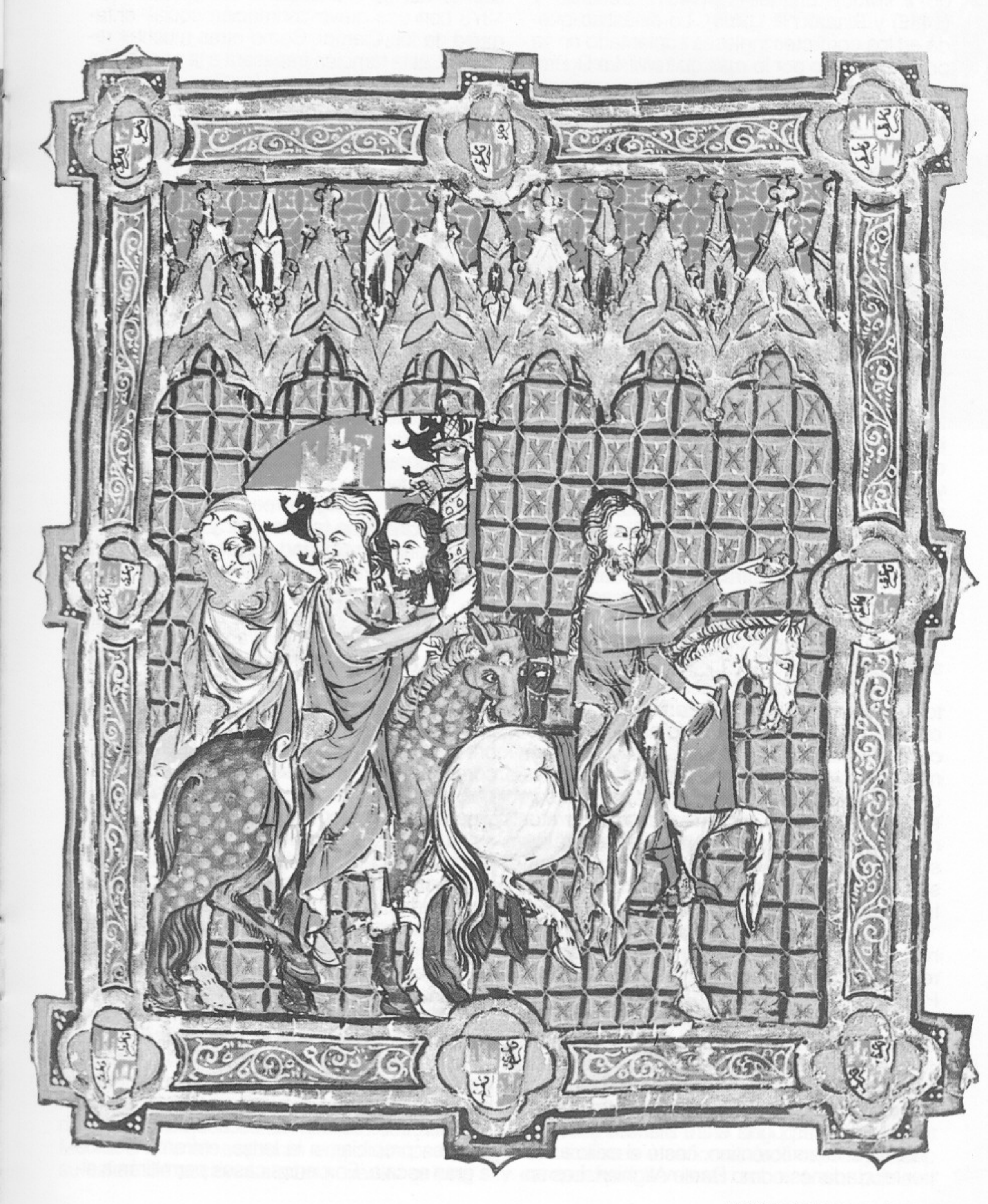
La Guerra de los Cien Años, vista comúnmente como una confrontación anglofrancesa, tuvo también mucho de guerra civil francesa en sus distintas etapas. Varias circunstancias contribuyeron a ello: la cambiante militancia de las bandas de combatientes que tanto luchan del lado Valois como del Plantagenet; la fidelidad de un importante sector de la población francesa (zona Burdeos-Gascuña) a la realeza británica a lo largo de casi toda la guerra; y, sobre todo, la abrupta ruptura que se produce en suelo francés desde 1415-1419 entre dos bandos formados en los años anteriores. Uno, el borgoñón, partidario de la unión de las coronas inglesa y francesa, en manos de la familia Lancaster. Otro, el armagnac, partidario de una monarquía francesa independiente y de la expulsión de los ingleses del continente. Este cúmulo de circunstancias explica lo encarnizado del conflicto al que un poeta francés, Alain Chartier, calificaba hacia 1420, de *guerra civil y más que civil.*

En el caso castellano, la guerra que entroniza a los Trastámara es no sólo dinástica, sino también auténticamente civil, por más que sólo se haya enfatizado en el apoyo de la nobleza a Enrique II. El recurso de éste a las ciudades (Cortes de Burgos de 1367) para sancionar la usurpación o la cerrada defensa que de Pedro I hacen ciertas poblaciones son hechos harto ilustrativos. Un siglo después, el conflicto que asienta en el trono a Isabel la Católica frente a su sobrina Juana, adquiere también los tintes de una guerra civil.

El Portugal revolucionario de 1383-1385 es también el de un conflicto civil abierto. Recientes investigaciones han matizado el viejo esquema un tanto simplista de nobleza lusitana protrastamarista en su totalidad frente al bajo pueblo y burguesía plenamente identificados con el maestre de Avis.

En el caso de la Corona de Aragón los conflictos internos van evolucionando a lo largo de todo el Bajo Medievo. En un primer momento serán las guerras contra las Uniones de nobles (aragoneses y valencianos) aplastadas por Pedro IV. Más adelante serán los conflictos derivados de la crisis dinástica y de la entronización de Fernando de Trastámara, no aceptado de forma unánime. Y será, al final, la gran conmoción catalana que enfrenta a buscarios y bigarios y, a la postre, a buena parte de la opinión del Principado contra el autoritarismo de Juan II. El grave problema rural —conflicto de los payeses de remensa— contribuye a enmarañar aún más el conflictivo panorama político-social de Cataluña en el ocaso del Medievo.

En Inglaterra, algunos conflictos internos



Nobles castellanos del siglo XIV *(de una miniatura del* Libro de la Coronación de los Reyes de Castilla. *Monasterio de El Escorial)*

—luchas en ocasiones entre facciones minoritarias— se saldan con la sangrienta desaparición del monarca: Eduardo II (1327), Ricardo II (1400), Enrique VI (1461), Eduardo V (1483) y Ricardo III (1485). Lo dinástico queda en los conflictos ingleses suplantado no ya por lo civil, sino por lo *más que civil*. La Guerra de las Dos Rosas, en efecto, se presenta como un largo ajuste de cuentas en el seno de la familia real inglesa.

En Alemania, las luchas entre los grandes poderes se doblan con anárquicos enfrentamientos en niveles inferiores de la nobleza: los caballeros del país (los *ritter*) van a lanzarse en el bajo Medievo a una política de auténtico bandidaje que se convertirá en factor de grave inestabilidad.

En Estados de menor extensión las guerras civiles acaban haciendo también estragos y posibilitando, con ello, su absorción por vecinos más poderosos. Así sucederá, por ejemplo, con el ducado de Bretaña, dotado de una fuerte personalidad pero en permanente crisis interna: desaparecerá como Estado independiente con la unión matrimonial de Carlos VIII y la heredera del ducado. En la Península Ibérica hay dos ejemplos notorios que beneficiarán a la Corona de Castilla: el de Granada, víctima de las discordias entre zegríes y abencerrajes; y el de Navarra, que lo fue de la pugna a muerte entre las facciones de agramonteses y beamonteses.

2) Ambitos políticos de reducidas dimensiones:

Enfrentamientos de facciones que cubren todo un reino reflejan en ocasiones y aprovechan en otras conflictos entre parcialidades locales y regionales. Guerras civiles y pleitos dinásticos fueron caldo de cultivo para ajustes de cuentas entre familias que se disputaban el poder dentro de las ciudades o en territorios de reducida extensión. En algunos casos sólo se trata de la agudización de viejas tensiones. En otros, la crisis económica creará situaciones realmente explosivas.

En el ámbito ibérico presenciaremos cadenas de enfrentamientos entre bandos familiares: Oñacinos y Gamboinos en el País Vasco, Fajardos y Manueles en Murcia, Lunas y Urreas en Zaragoza, Centelles y Soler en Valencia, etc.

Las ciudades italianas contaban con una añeja tradición de luchas entre güelfos papalistas y gibelinos imperialistas. A este conflicto sucederá la pugna entre blancos y negros que, en el caso florentino, costó el exilio a ilustres ciudadanos como Dante Alighieri. Los enfrentamientos estrictamente políticos y familiares se entreveraron con otros derivados de los recelos entre los distintos gremios. La crisis económica se manifestaría en Florencia en 1378 con una grave conmoción social: el tumulto de los Ciompi. Como otras muchas revueltas, ésta también fracasará a la postre. Sin embargo, permitirá a una familia —los Medici— dar importantes pasos para convertir el régimen florentino en un gobierno desde el que se ejercerá un poderoso control.

La continuada inseguridad o la debilidad del poder central generan importantes movimientos de autodefensa. En Castilla, por ejemplo, serán las hermandades: una con carácter general aparece en 1282. Con alcance más restringido surgen otras asociaciones en los distintos Estados europeos. En Alemania, donde el papel arbitral del emperador se va difuminando, aparecen diversas ligas de ciudades: en el Báltico y en el Rin desde fecha temprana; luego en otras zonas: en Lusacia en 1346 o en Suabia en 1378.

Sin embargo, las guerras civiles y más que civiles lograrán en el Occidente otro efecto: potenciar la imagen del poder monárquico —allí donde consiguió reconstruirse— como el único capaz de facilitar paz y estabilidad al conjunto de la sociedad. El precio sería la dejación de algunas de las libertades tradicionales.

Guerras, fronteras y esferas de influencia

En el Bajo Medievo se dieron importantes pasos para *modernizar* el sentido de la palabra frontera. Hasta entonces, lo que primaba como divisoria entre las distintas entidades políticas era la *marca* —área un tanto difusa— y no la línea de separación perfectamente definida. Las propias relaciones de dependencia feudal hacían difícil saber hasta dónde se extendían las verdaderas esferas de influencia política de los príncipes.

Las áreas fronterizas se convirtieron con harta frecuencia en auténticos campos de entrenamiento militar: castellanos y granadinos —incluso en períodos de paz oficial— protagonizan casi continuados golpes de mano; el *border* que separaba a ingleses y escoceses era permanente línea de fricción; la Guyena fue también campo de confrontación entre los ocupantes ingleses y sus vecinos franceses... Conflictos fronterizos de escasa envergadura pueden propiciar, a la larga, enfrentamientos a gran escala. En ciertos casos permitirán a al-



Murallas de la ciudad de Torhn, construida por la orden teutónica

gunos monarcas bajomedievales erigirse en los futuros grandes poderes del mundo moderno. Este fenómeno en distintos niveles puede apreciarse.

1) El caso italiano:

Las más pujantes ciudades de la península acabarán por neutralizar a las demás y convertirse en cabezas de entidades políticas de tipo medio y en poderes económicos de primera magnitud. Milaneses en Lombardía; venecianos en la costa dálmata y la Terra Ferma del bajo Po; florentinos sobre toda Toscana; genoveses en la costa ligur; pontificios en la Italia central y angevinos primero y luego aragoneses en Nápoles... fijarán las grandes esferas de influencia sobre territorio itálico. La paz de Lodi de 1454 permitió la creación de una política de equilibrio entre las grandes ciudades-república que se prolongará hasta finales de la centuria.

2) El caso ibérico:

Hasta fines del Medievo, los límites entre los distintos Estados experimentan escasas variaciones. Las diversas guerras habidas no deterioraron —pese al descalabro frente a Portugal— la hegemonía de la Corona Castellana. Incluso ciertos *Estados* señoriales fronterizos de ambiguo estatuto jurídico (Cameros, Molina o Villena) acabarán englobándose en su esfera de acción. La gran novedad se producirá al clausurarse la Edad Media con la desaparición de dos Estados periféricos: Granada y Navarra.

3) Tierras al Oeste del Rin:

A principios del siglo XIV era difícil saber hasta dónde llegaba en esta zona la autoridad de los monarcas franceses y la de los emperadores germánicos. Un siglo más tarde, la situación se hizo más compleja con la formación de los Estados del duque de Borgoña que cubrían desde los Países Bajos hasta las dos Borgoñas: la ducal al Oeste y la condal (el conocido como Franco Condado) al Este. Tan prometedora entidad política fue víctima de sus contradicciones internas —territorios demasiado heterogéneos— y de las fracasadas aventuras militares del último de sus duques (Carlos el Temerario) contra suizos y loreneses. A su muerte en 1477 sus poderosos vecinos —Valois franceses y Habsburgo imperiales— se repartirán los despojos borgoñeses. De rechazo, crearon una rivalidad que marcó profundamente las relaciones internacionales en los inicios de la Edad Moderna.

4) Las fronteras orientales: en los límites de la Cristiandad:

El *drang nach Osten* (marcha hacia el Este) había sido uno de los objetivos de la germanidad en la Plenitud del Medievo. La Gran Llanura Central Europea se convirtió, así, en una gigantesca frontera móvil que permitió importantes avances a señores, órdenes religiosas y campesinos alemanes sobre áreas pobla-

das por elementos eslavos. La Orden Teutónica fue la más eficaz punta de lanza de esta progresión: a principios del XIV constituyó sobre el Báltico un Estado apoyado en una temible maquinaria bélica. Los caballeros teutónicos llegaron a su máximo esplendor con el maestre Winric de Kniprode (1351-1382). Desde este momento, sin embargo, la unión del reino de Polonia y el Gran ducado de Lituania bajo la dinastía Jaguellón puso freno a esta hegemonía. En 1410, la Orden sufría una dura derrota en Tannenberg. En los años siguientes, polacos y lituanos consolidaron sus posiciones en un espacio que cubría desde el Báltico a los cursos bajos del Dnieper y Bug. A costa de sus vecinos, el reino de Polonia se convertía en la potencia más importante de la cristiandad latina en la Europa Centro-Oriental.

Muy desiguales fueron los destinos de los Estados situados entre el Danubio Medio y los Urales. En el área rusa, Moscú acabará imponiendo su autoridad sobre otros principados como Vladimir, Susdal y Riazan. Su máximo prestigio lo conseguirá, sin embargo, en lucha contra los tártaros. En 1380, el príncipe moscovita Dimitri Donsky obtenía sobre ellos una importante victoria en Kulikovo. Posteriores retrocesos no privaron a esta batalla del sentido de mito histórico: a fines del Medievo, Moscú se alzaba como símbolo del renacimiento político del pueblo ruso y como la tercera Roma.

Era la respuesta a la caída en 1453 de Constantinopla (Segunda Roma) en manos de los otomanos. Los Balcanes, e incluso toda la llanura danubiana se convertían, desde esta fecha, en una frontera demasiado vulnerable. Las preocupaciones cruzadistas de Pío II tenían, así, una justificación.

5) Guerras e identidades nacionales:

Factores religiosos, económicos o dinásticos alimentaron guerras en las que, en repetidas ocasiones, se invocaron la defensa de la tierra y el odio contra el enemigo. Algunos conflictos del Bajo Medievo dieron al traste con la independencia de ciertos territorios. Otros, por el contrario, contribuyeron a alimentar y afirmar el sentimiento de nación.

Franceses e ingleses se sintieron más profundamente convencidos de su identidad a través de su enfrentamiento en la Guerra de los Cien Años. Así, los ingleses abandonarán el uso del francés en sus relaciones por considerarla lengua del enemigo. Del otro lado, *echar a los ingleses de Francia* acaba convirtiéndose en objetivo preferente.

En la Península Ibérica los sentimientos de independencia contribuyeron a fortalecer los espíritus en distintas contiendas. En Portugal se hablará de *buenos* y de *malos portugueses* para definir a quienes militan respectivamente en las filas de Juan de Avis y en las de Juan I de Castilla. En Cataluña, los sentimientos pactistas alimentaron la confrontación entre las instituciones del territorio y los monarcas Trastámara hasta el punto de llegar a una sangrienta guerra sólo concluida con el total agotamiento de la capital del Principado.

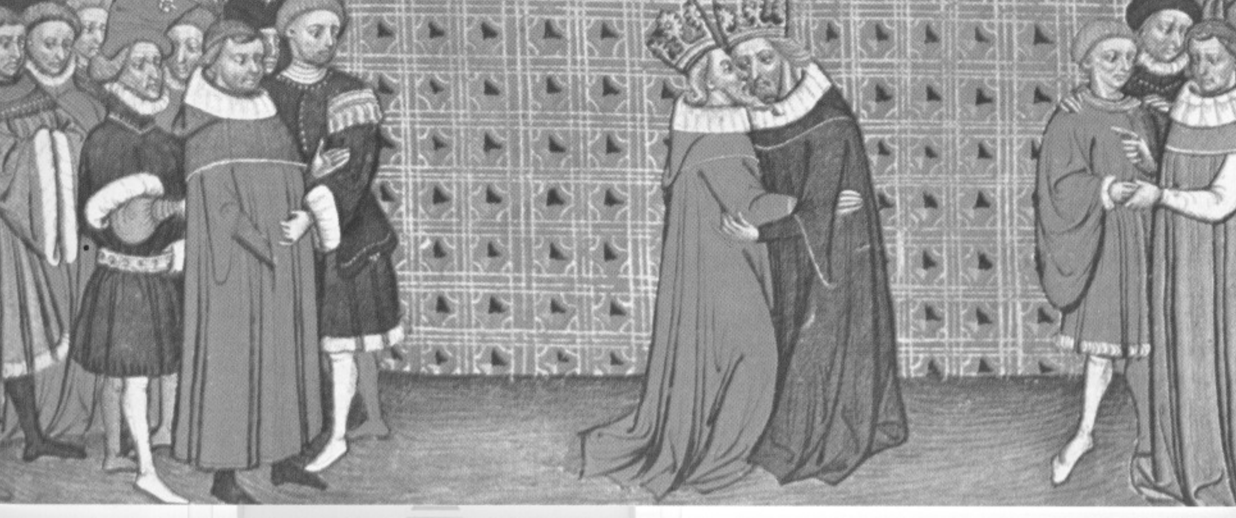
En la periferia de las dos grandes monarquías del Occidente los sentimientos de defensa de la tierra alimentan el odio de pequeñas entidades políticas contra sus poderosos vecinos. Serán los casos de galeses y escoceses contra ingleses. O los de flamencos y bretones contra franceses. Hacia 1370, Guillermo de Saint André, consejero del duque de Bretaña Juan de Montfort, redactaría un opúsculo en el que junto a las excelencias cantadas de su país se vierten duras críticas contra los franceses, acusados de gentes afeminadas y sin escrúpulos...

En la Europa Central, la herejía husita se nutrió de unos sentimientos nacionales potenciados desde la Universidad de Praga, muy recelosa de la presencia germánica. Como contrapartida, los pueblos fronterizos con el Cuadrilátero de Bohemia llegarán a crear toda una equivalencia: checo = herético. En otra de las fronteras del *Reich,* los vecinos de los valles de Uri, Schwitz y Unterwalden fundarían en 1291 una liga que, enfrentándose a austriacos y borgoñeses, sentaría las bases de una Confederación Helvética independiente del Imperio.

Con todo, los principales logros del patriotismo se alcanzan merced a una síntesis de lealismo dinástico y de identificación de las dinastías con los países sobre los que gobiernan. Ser *natural del reino* fue una garantía para ciertos monarcas en sus luchas dinásticas: lo fue para los Valois contra los Plantagenet; lo fue para los Avis frente a los Trastámara y lo fue para los Trastámara frente a Juan de Gante.

Los Estados nacionales son una creación europea en la que las guerras del Bajo Medievo han tenido un importante papel. Que tal creación sea un logro positivo o no, es tema que entra en el terreno de lo opinable.

Batalla naval de La Esclusa en la que los barcos británicos batieron a los franceses apoyados por Castilla (arriba). *Entrevista de Eduardo III de Inglaterra y Felipe VI de Francia* (abajo)



La Guerra de los Cien Años: una síntesis de conflictos

A Felipe, que se hace llamar rey de Francia. En estos términos se expresaba Eduardo III de Inglaterra en carta a Felipe VI de Valois en 1337. El soberano inglés negaba, así, la legitimidad del destinatario. Como contrapartida alegaba sus derechos a la corona francesa rechazados unos años antes (1328) por una asamblea de barones que optaron por Felipe tras de la muerte sin descendencia masculina del último monarca de la rama mayor de los Capeto: Carlos IV.

Tradicionalmente se ha sostenido que esta disputa dinástica (Valois contra Plantagenet y luego contra su rama menor los Lancaster) fue la causa y el alimento continuado de un conflicto que en los medios académicos seguimos designando como Guerra de los Cien Años. Las matizaciones son obligadas.

La coartada dinástica, en efecto, fue utilizada por los monarcas ingleses cuando lo creyeron conveniente. Sin embargo, hubo otras circunstancias que mantuvieron viva la llama de este conflicto... o síntesis de conflictos. Fueron, así, los intereses mercantiles en el área de Flandes y en las rutas del Canal de la Mancha-Golfo de Vizcaya. Fueron también los conflictos periféricos atizados por Londres y París en Flandes, Bretaña, Escocia o los reinos ibéricos. Y fueron —ahí se tiende a radicar los orígenes de la guerra— las fricciones provocadas por la presencia inglesa en Guyena, último resto del viejo imperio que Enrique II Plantagenet (1154-1189) se había labrado en Francia. El eje económico Burdeos-Inglaterra explica la fidelidad de las poblaciones de la región a la corona británica. Por otro lado, el deseo de los monarcas Capeto de intervenir en los asuntos internos de Guyena causó más de un apuro a los soberanos de Londres. Para Eduardo III en 1337 la reclamación de la Corona francesa, era la mejor baza para mantener su presencia en el Golfo de Vizcaya.

De las victorias inglesas a la paz de Bretigny

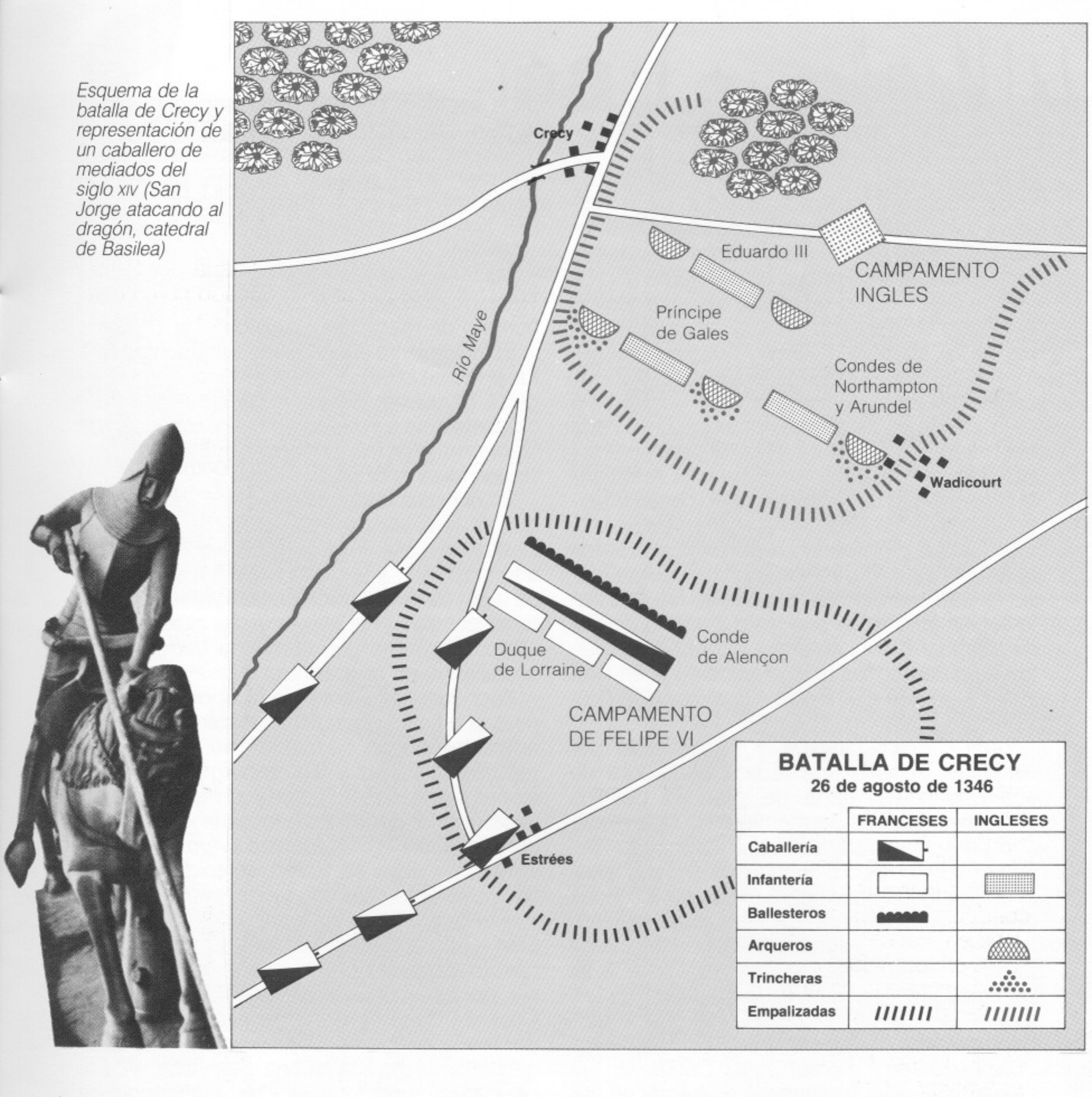
En 1340, la escuadra de Eduardo III obtenía una rotunda victoria sobre la de Felipe VI a la altura de L'Ecluse, antepuerto de Brujas. En los meses siguientes, estallaba una guerra civil en Bretaña, que fue utilizada por París y Londres para tomar este ducado como campo de experimentación militar. La frontera entre Guyena y el territorio de Tolosa se convirtió también en frente de batalla.

Sin embargo, las grandes decisiones vendrían en la zona de Normandía-Paso de Calais, en donde los dos monarcas se enfrentaron directamente. Crecy-en-Ponthieu fue un hecho de armas verdaderamente revolucionario: las masas de arqueros del rey inglés y de su heredero Eduardo (el *Príncipe Negro)* dieron buena cuenta de la valerosa e indisciplinada caballería francesa el 26 de agosto de 1346. En los meses siguientes los británicos explotarían este éxito, con la conquista de la plaza fuerte de Calais. En ella tendrían una magnífica cabeza de puente para trasladar fuerzas desde la isla con casi total impunidad.

La Peste Negra, que se cebó en el Occidente, a partir de 1347, y mediaciones de diverso tipo enfriaron la pasión bélica que, sólo a partir de 1355, cobró renovado impulso. El *Príncipe Negro* fue otra vez el protagonista principal. En una gran cabalgada recorrió todo el Mediodía de Francia, desde Burdeos al Mediterráneo sin encontrar gran resistencia. Y poco más tarde, derrotaba y hacía prisionero al nuevo monarca francés —Juan II *el Bueno*— en un choque en las cercanías de Poitiers.

La debilidad de la situación interna de Francia se puso de inmediato al descubierto. Durante algunos meses, el país vivió una conmoción auténticamente revolucionaria: los burgueses de París, encabezados por el preboste Esteban Marcel exigieron una radical depuración de la administración; el rey de Navarra y conde de Evreux, Carlos II *el Malo* maniobró en medio de la anarquía general para acrecentar su poder; y, como remate, estalló una sangrienta rebelión de campesinos hartos de las exacciones y de los excesos de las gentes de armas: la *jacquerie*.

La crisis fue superada gracias a la actuación del heredero de la corona francesa, el delfín Carlos. El movimiento campesino fue rápidamente aplastado y la agitación burguesa perdió toda su fuerza tras el asesinato de Marcel. Frente a los ingleses, el delfín-regente del reino por la prisión de su padre— logró, tras



Esquema de la batalla de Crecy y representación de un caballero de mediados del siglo XIV (San Jorge atacando al dragón, catedral de Basilea)

algunos tanteos, que se suscribiera un acuerdo. Fue la paz de Bretigny-Calais, de 1360. Eduardo III renunciaría a la corona francesa, a cambio de un amplio botín: un fuerte rescate por Juan II, una Gran Aquitania y los enclaves de Calais, Guines y Ponthieu. Esto suponía un tercio del territorio francés. Un alto precio por lograr el fin de las hostilidades.

En el año 1364 moría Juan II y el delfín-regente quedaba entronizado como Carlos V de Francia.

Hombre de delicada salud, Carlos V fue más un monarca de despacho que de acción. Tuvo la habilidad de rodearse de eficaces colaboradores de muy distinta extracción social: sus hermanos Felipe (duque de Borgoña desde 1365 y señor de Flandes desde 1384) y Luis (conde Anjou y lugarteniente en el Mediodía); cualificados jefes miltares como Beltrán Du Guesclin o Juan de Vienne; y destacados funcionarios como Raúl de Presles y Nicolás de Oresmes.

Carlos V y la «reconquista» francesa

Carlos supo devolver el prestigio anterior y exterior de la monarquía. Como rey, su primer éxito fue la victoria obtenida en Cocherel, frente al turbulento rey de Navarra que, desde ese momento, perdió mucha de su influencia política en Francia.

Para neutralizar la preponderancia inglesa, Carlos buscó apoyos internacionales. Los logró merced a la intervención en el conflicto civil que en Castilla enfrentaba a su rey Pedro I con su hermano bastardo, Enrique de Trastámara, cabeza de una amplia coalición nobiliaria. Con el apoyo de mercenarios mandados por Du Guesclin, Enrique se proclamó rey. La reacción de Pedro I no se hizo esperar: con el concurso de refuerzos dirigidos por el *Príncipe Negro*, señor de la Gran Aquitania, recuperó el trono tras la batalla de Nájera (1367).

Sin embargo, la incapacidad de Pedro I para pagar a sus aliados provocó la retirada del heredero del trono inglés. El Trastámara y Du Guesclin retornaron a Castilla. En Montiel (1369) el pleito dinástico se saldó con la muerte de Pedro. En el nuevo monarca, Enrique II, tuvo Carlos V un buen aliado para activar las operaciones militares que se habían reanudado en territorio francés. El pretexto fue una vieja ficción jurídica: el supuesto derecho de París a actuar como instancia suprema en pleitos surgidos en los territorios cedidos en Bretigny. Algo que el *Príncipe Negro* consideró intolerable.

Du Guesclin, elevado a condestable por Carlos V, impuso una táctica agotadora de sus oponentes: nada de grandes batallas campales, pero sí permanente hostigamiento con pequeñas partidas. La victoria de la marina castellana sobre la británica en La Rochela (1372) fue decisiva para el desarrollo de las operaciones militares. En los meses siguientes, los ingleses fueron expulsados de buena parte del territorio que ocupaban. En 1375 se suscribió una tregua en Brujas a la que los británicos acudieron por primera vez como perdedores. Las muertes entre 1376 y 1380 del Príncipe Negro, Eduardo III, Carlos V, Du Guesclin y Enrique II hicieron presagiar un periodo de apaciguamiento.

Hacia el signo de la tregua en el Occidente

Los jóvenes Ricardo II en Inglaterra, Carlos VI en Francia y Juan I en Castilla, marcan un relevo de generaciones. Las operaciones militares, enfriadas durante algún tiempo, se reactivaron a partir de 1383 con la crisis sucesoria abierta en Portugal a la muerte del rey Fernando.

Juan I de Trastámara defendió los derechos al trono de su esposa Beatriz, hija del difunto monarca. Sin embargo, el escaso tacto desplegado en ello despertó suspicacias en amplios sectores de la opinión portuguesa que temían, con ello, una absorción del reino lusitano por parte castellana. Un bastardo de sangre real, Juan, maestre de Avis, se puso al frente de este movimiento que concentró a una buena parte de las fuerzas burguesas y populares del reino junto a algunos miembros de la pequeña nobleza. En frente, Juan de Trastámara contó con las simpatías de cierto número de magnates lusitanos.

El movimiento encabezado por Juan de Avis fue también la oportunidad de la monarquía inglesa para abrir brecha en el eje militar franco-castellano. El duque de Lancaster, Juan de Gante, mentor de su sobrino Ricardo II, movió los hilos para atizar el conflicto.

En el frente lusitano Juan I de Castilla sufrió dos graves descalabros militares: uno ante Lisboa en 1384. Y otro, mucho más grave, al año siguiente, y a campo abierto: las fuerzas de Juan de Avis —proclamado ya, rey de Portugal por sus parciales— y sus auxiliares ingleses causaron una tremenda derrota a los castellanos en Aljubarrota.

Para Juan de Gante era la oportunidad esperada a fin de reivindicar sus derechos al trono castellano por su matrimonio con una hija del difunto Pedro I. Sin embargo, las operaciones planeadas no trajeron el resultado apetecido por el duque de Lancaster. Desembarcado en Galicia, sus fuerzas avanzaron hacia la Meseta, pero se vieron detenidas delante de Benavente. Las ciudades castellanas se mantuvieron fieles a Juan I de Trastámara, bien respaldado también por su colega francés. El desgaste de los contendientes imponía, por tanto, una solución pactada. Juan I de Castilla y Juan de Gante llegaron a un acuerdo: fue la tregua de Bayona, por la que el inglés renunciaba a la corona castellana, a cambio de una renta vitalicia y del matrimonio de su hija Catalina con el infante Enrique, heredero de la corona castellana.

La Europa del sistema de Leulinghen

En otros frentes de batalla, tampoco los contendientes habían llegado a obtener sustanciosas ventajas. De ahí que en Leulinghen se suscribiesen unas treguas generales por

Los arqueros ingleses intercambian sus disparos con los franceses en una batalla de la Guerra de los Cien Años (arriba). *Batalla de Crecy: los arqueros ingleses baten a los ballesteros genoveses al servicio del rey de Francia* (abajo)



las que los distintos Estados se comprometían a respetarse mutuamente.

Aunque no se tratara de una paz en el sentido estricto, Europa conoció, a partir de entonces, un largo periodo de apaciguamiento. En 1396, incluso, Ricardo II y Carlos VI se entrevistaban en Ardres (cerca de Calais) presagiando tiempos de bonanza: el inglés se prometía con una princesa francesa, y ambos monarcas se comprometían a trabajar para liquidar el Cisma de Occidente.

Vana esperanza. En Inglaterra, el autoritarismo y la francofilia de Ricardo despertaron amplios recelos. En 1399 una conjura nobiliaria destronaba al soberano y entronizaba a Enrique (IV) de Lancaster, hijo de Juan de Gante. En la nueva casa real, los sectores ingleses más belicistas veían la posibilidad de reanudar hostilidades contra *el enemigo de Francia.*

La oportunidad fue madurando en los años siguientes. La demencia de Carlos VI despertó las ambiciones políticas de los duques Luis de Orleans y Juan sin Miedo de Borgoña. En 1407 el primero caía asesinado y Francia conocía una polarización suicida. Dos partidos irreconciliables acabaron formándose: el de los borgoñones, apoyado en los sectores reformistas del reino; y el de los armagnacs, de tendencias más pronobiliarias. París conoció las sangrientas alternancias de unos y otros en el poder. En 1413, un nuevo monarca inglés, Enrique V, empezó a sopesar las posibilidades de reanudar las aventuras militares en Francia con todas sus fuerzas.

El imperialismo lancasteriano y la Doble Monarquía

En el verano de 1415, efectivos ingleses tomaban la importante base naval normanda de Harfleur. Enrique V se replegó luego hacia Calais perseguido por las fuerzas francesas del bando de los armagnacs. Junto a Azincourt se repitió un viejo lance: la arquería inglesa y la caballería desmontada causaban un desastre total en las filas enemigas.

Aunque el inglés retornó a su reino, la más absoluta desmoralización cundió sobre Francia. Consciente de ello, Enrique V volvió a cruzar el Canal en 1417, ya en plan de conquistador y en disposición de reivindicar los viejos derechos dinásticos de Eduardo III. Ante semejante peligro, borgoñones y armagnacs optaron por limar diferencias mediante una entrevista en Montereau. El resultado fue trágico: como lejana venganza por la muerte de Luis de Orleans, un escudero del delfín Carlos (erigido en cabeza de los armagnacs) dio muerte a Juan de Borgoña. Su hijo Felipe optó, ante ello, por negociar con los ingleses que, en aquellos momentos (1419), habían ocupado casi toda Normandía.

Enrique V ofreció una solución al inoperante Carlos VI y a su entorno. Se plasmó en la paz de Troyes. Por ella, el inglés casaría con Catalina, hija del soberano francés, y retendría Normandía a título personal. El vástago de esta unión ostentaría las coronas francesa e inglesa que conservarían sus leyes particulares. El duque Felipe de Borgoña, señor de amplios Estados, se convertiría en pieza clave de ese nuevo orden europeo. El sacrificio era el delfín Carlos, a quien se desposeía de sus derechos al trono.

El acuerdo de Troyes fue aceptado en algunas zonas de Francia, especialmente en donde los aliados anglo-borgoñones ejercían su autoridad: Borgoña, Normandía, la cuenca de París y Guyena. Pero fue rechazado en otras, especialmente en el Sur, en donde el delfín encontró apoyo. En 1422 morían Carlos VI y Enrique V. Este dejaba un heredero de pocos meses —Enrique VI— cuya regencia fue tomada por su tío, el duque de Bedford, el más capacitado jefe militar inglés. Por su parte, el delfín era reconocido por sus parciales como Carlos VII de Francia, y establecía una corte y una administración paralela a la de París en la ciudad de Bourges.

Durante siete años, la suerte de las armas en una Francia dividida fue contraria a los *delfineses*, mote dado a los partidarios de Carlos VII, por los afectos a la tesis de la Doble Monarquía. Las intrigas palatinas y la inoperancia de algunos jefes militares de Bourges, dieron clara ventaja militar al bando anglo-borgoñón. En los primeros meses de 1429, Orleans, llave del Loira, se hallaba acosada por las fuerzas del duque de Bedford. Con su caída, esperaba penetrar hasta el corazón de los dominios de Carlos VII.

Contra todo lo previsto, a principios de mayo, un pequeño ejército de socorro forzaba el dispositivo de cerco, y ponía en fuga a los ingleses.

La victoria final de los Valois

Juana de Arco, la joven iluminada que dirigió la operación, lograba el necesario impacto psicológico para galvanizar a las desmoralizadas fuerzas *delfinesas.*

El lance fue explotado a fondo en las semanas siguientes, merced a otras pequeñas victorias militares y, sobre todo, gracias a la consagración de Carlos VII en la catedral de Reims, siguiendo el viejo ritual de los reyes de Francia. Los anglo-borgoñones nunca pudieron hacer algo semejante con su rey Enrique VI.

Juana era el símbolo de un nacionalismo francés en el que se mezclaban vagos sentimientos religiosos con el odio hacia el enemigo inglés y sus colaboradores. Los fracasos posteriores de la joven delante de París y Compiegne y su posterior juicio y ejecución por los ingleses en Rouen no cambiaron el signo de unas operaciones militares que, después de muchos años, empezaban a favorecer a Carlos VII.

En los años siguientes el Valois alternó el uso de las armas y la diplomacia. Así, en 1435, una magna conferencia internacional reunida en Arras presenció la reconciliación de Carlos VII y Felipe de Borgoña. El monarca pagaba un alto precio —reconocer la autonomía total del duque en sus Estados—, pero daba un golpe mortal al principio de la Doble Monarquía. Al año siguiente, Carlos entraba en un París exhausto por la guerra. La opinión generalizada en Francia se tornó hacia el Valois que, así, vio facilitada la tarea de recuperación territorial. Una agitación nobiliaria con la connivencia inglesa (la *Praguerie* de 1440) fue vencida por el monarca, con relativa facilidad. Demostró, con ello, que la realeza francesa estaba en situación de imponerse a las distintas facciones que años atrás habían llevado al país a la quiebra.

Un último intento —treguas de Tours de 1444— por establecer la concordia entre el Valois y el Lancaster no supuso más que un descanso en un conflicto al que empujaron de nuevo los sectores más belicistas de Francia e Inglaterra.

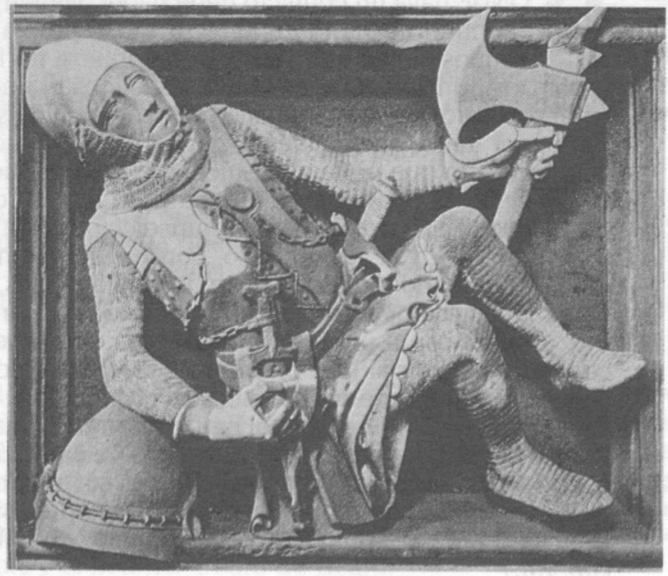
Con unas fuerzas perfectamente equipadas, Carlos VII emprendió en 1450 una rápida ofensiva sobre Normandía. Un desesperado intento inglés fue deshecho en Formigny. Todo el territorio normando se vio libre de ocupantes.

Al año siguiente le tocó el turno a Guyena. Burdeos y Bayona cayeron en manos de las fuerzas reales francesas. Sin embargo, la falta de tacto de las nuevas autoridades provocó la rebelión de unas poblaciones unidas durante siglos a la monarquía británica. Desde Londres se hizo un esfuerzo supremo: fue enviado un ejército que recuperó el territorio pero que, a la postre, sufrió un decisivo descalabro en Castillón. En el campo de batalla quedaba tendido Juan Talbot, el último de los grandes jefes militares ingleses. En octubre de 1453 las fuerzas de Carlos VII (*el Victorioso*) recuperaban definitivamente Burdeos.

1453 se acostumbra a considerar como el punto final de la Guerra de los Cien Años. Sin embargo, ningún acuerdo de paz se firmó entre París y Londres. En manos inglesas aún quedaba la plaza de Calais, rodeada de territorios del duque de Borgoña. Sólo en 1558 sería recuperada por la monarquía francesa.

Bibliografía

Ch. Allmand, *La Guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra. 1300-1450,* Barcelona, Crítica, 1990. Ph. Contamine, *La Guerre de Cent Ans,* París, col. Que sais-je? P.U.F., 1968. Ph. Contamine, *La guerra en la Edad Media,* Barcelona, Labor, col. Nueva Clío, 1984. Ph. Contamine, *La vie quotidienne pendant la Guerre de Cent Ans. France et Angleterre,* París, Hachette, 1976. Ph. Contamine, *Guerre, etat el societé a la fin du Moyen Age. Etudes sur les armées des rois de France, 1337-1494.* París, Mouton, 1972. J. Favier, *La Guerre de Cent Ans,* París, Fayard, 1980. K. Fowler. (Ed), *The Hundred Years War,* London, Mc. Millan, 1971. J. Glenisson y J. Day, *Textes et documents d'Histoire du Moyen Age. XIV-XV siècles. I. Perspectives d'ensemble. Les «crisis» et leur cadre,* París, S.E.D.E.S., 1970. B. Guenee, *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados,* Barcelona, Labor, col. Nueva Clío, 1973. D. Hay, *Europa en los siglos XIV y XV,* Madrid, Aguilar, 1980. J. Heers, *Los partidos y la vida política en el Occidente Medieval,* Buenos Aires, Tekne, 1986. J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media,* Madrid, Revista de Occidente, 1930 (múltiples reediciones). M. Keen, *La caballería,* Barcelona, Ariel, 1986. M. Keen, *The laws of War in the Middle Ages,* London, Routledge and Kegan Paul, 1965. M.A. Ladero, *Castilla y la conquista del reino de Granada,* Valladolid, Universidad, 1967. F. Lot, *L'art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche Orient,* 2 vols., París, Payot, 1946. E. Mitre, *La Guerra de los Cien Años,* Madrid, Biblioteca Historia 16, 1990. M. Mollat y Ph. Wolff, *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV,* Madrid, Siglo Veintiuno, 1976. Ch. Oman, *A History of the Art of War in the Middle Ages* (ed. revisada por J. H. Beeler), Ithaca, Cornell Univ. Press, 1963. E. Perroy, *La Guerra de los Cien Años,* Madrid, Akal, 1982 (texto original de 1945). V.V.A.A., *La guerre et la Paix au Moyen Age.* Actas del *101 Congrés National des Societés Savantes,* París (1976), 1978.



Infante medieval en un relieve de un sepulcro de la catedral de Estrasburgo

La guerra en la Edad Media

Textos

CUADERNOS historia 16

Dante: Sobre la necesidad de un poder monárquico arbitral

DONDE haya un conflicto debe haber alguien que lo juzgue. Lo contrario sería lo imperfecto sin su propia corrección, cosa imposible ya que Dios y la naturaleza no fallan en lo necesario. Dos príncipes que no están sometidos el uno al otro, pueden tener un litigio, bien por culpa suya, bien por la de sus súbditos. Conviene, por tanto, que alguien juzgue. Como uno no puede procesar al otro puesto que no le está sujeto y el igual no tiene autoridad sobre el igual, es conveniente que haya un tercero con mayor autoridad y que tenga ambos bajo su jurisdicción. Este será el Monarca, o no lo será. En el primer caso, conseguiremos nuestro propósito. En caso contrario tendremos a un igual a aquellos, fuera del ámbito de su jurisdicción; de nuevo será necesario un tercero. De esta forma, o tenemos un proceso infinito, cosa que no es posible, o bien convendrá acudir al juez primero y soberano. Mediante sus sentencias se dirimirán, de forma mediata o inmediata, todos los litigios. Este juez será el Monarca, o el Emperador. La Monarquía es, por tanto, necesaria para el mundo. Esto ya lo veía el filósofo [Aristóteles] cuando decía que los seres no quieren ser mal dispuestos; por lo que es mala la pluralidad de principados y, consiguientemente, el Príncipe ha de ser uno. *(DANTE ALIGHIERI, «De Monarchia», lib. I, cap. XII.)*

La caballería como estado ideal de los laicos

A lo que me preguntastes cual es mas honrado estado entre los legos, sin duda de las preguntas que fasta aquí me fecistes, esta es la que mas ligeramente vos puedo responder. Et por ende vos digo que el mayor e mas honrado estado que es entre los legos es la caballería. Ca como quier que entre los legos hay muchos estados, así como mercadores, menestrales et labradores, et otras muchas gentes de muchos estados, la caballería es mas noble et mas honrado estado que todos los otros; ca los caballeros son para defender et defienden a los otros, et los otros deben pechar et mantener a ellos. Et otrosí, porque desta orden et deste estado son los reyes et los grandes señores, et este estado non puede haber ninguno por sí, si otro non ge lo da, et por esto es como manera de sacramento, ca bien así como los sacramentos de Santa Iglesia son en sí cosas ciertas, sin las cuales el sacramento non puede seer cumplido, otrosí la caballería ha mester cosas ciertas para se facer como debe... La caballería ha mester que sea y señor que da la caballería et el caballero que la recibe, et la espada con que se face. Et así es la caballería complacida, ca todas las otras cosas que se y facen son por bendiciones e por aposturas et honras, et por esto semeja mucho a los sacramentos. Et por estas razones todas es el mas honrado et mas noble estado que entre los legos puede ser. *(DON JUAN MANUEL: «Libro del Caballero et del Escudero», en Biblioteca de Autores Españoles, vol. 51, p. 236. Madrid 1952).*

Disputa entre los heraldos de Francia e Inglaterra sobre el dominio del mar

ES cierto que quien es mas fuerte en la mar puede titularse rey del mar mientras que su poderío se mantenga. Es cierto que [los ingleses] teneis magníficos navíos, pero por la sencilla razón de que vuestro reino es una isla y todo lo que entra y sale de ella debe ser por mar.

Pero puedo demostraros que la potencia de vuestra flota no se usa de forma que os honre. Si vuestros predecesores o vosotros hubierais hecho la guerra a los infieles, se habría hecho constar en las crónicas. Sin embargo, de su lectura se colige lo contrario. En el es-

trecho que va de Calais a Dover habeis usado vuestros navíos para guerrear contra pobres comerciantes y para saquear sus mercancías, de forma que habeis actuado como ladrones del mar. Ello es digno de reproche ya que, así, impedis el comercio en la Cristiandad. Consiguientemente, no haceis la guerra a los infieles y haceis objeto de guerra y saqueo a los cristianos.

Por todo ello, heraldo de Inglaterra, os desafío a que os mostreis por qué os proclamais rey del mar. Cuando el rey de Francia lo considere oportuno os demostrará que está mejor preparado para ello que vosotros. *(«Debat des Herauts d'armes de France et d'Angleterre», Ed. L. Pannier y P. Meyer. París, 1877, p. 25.)*

Fechorías de un «routier» en la Francia de la segunda mitad del XIV: Aimerygot Marchés

JUNTO a Godofredo Tete-Noire había otros capitanes que realizaban hazañas. Aimerygot Marchés, escudero lemosín del bando del rey de Inglaterra, tomó la plaza de Chaluset, en el obispado de Clermont, en territorio de Auvernia. Aimerygot y sus gentes corrían el país a su antojo. Entre sus acompañantes estaba el bastardo de Carlat, el bastardo inglés, el bastardo de Compaigne, el gascón Ramón de Sors y el bearnés Pedro de Bearn.

Cabalgando a la ventura Aimerygot con doce de los suyos, tomó el camino hacia Aleuze, junto al castillo de Saint-Flour, uno de los más fuertes del obispado de Clermont. Sabía que el castillo solo estaba guardado por un portero. Mientras cabalgaba en torno al castillo, Aimerygot vio que el portero estaba sentado fuera de la muralla. Un bretón que era buen ballestero le preguntó si deseaba que matara al portero de un solo tiro. Aimerygot contestó que le gustaría verlo. El ballestero apuntó, disparó y el dardo alcanzó al portero. Le había apuntado a la cabeza y el dardo había penetrado en ella... Aimerygot y sus compañeros se apresuraron a entrar por el postigo. Vieron al portero muerto y a su mujer, a su lado, aterrorizada. No le hicieron daño y le preguntaron donde se encontraba el castellano. Respondió que estaba en Clermont. Le propusieron perdonarle la vida a cambio de las llaves del torreón. Ella se las entregó ya que se encontraba indefensa. Luego la echaron fuera con las pertenencias que podía llevar consigo.

La mujer se dirigió a Saint-Flour, lugar que se encontraba a una legua. Los habitantes del lugar quedaron consternados al enterarse que los del partido del rey de Inglaterra habían tomado Aleuze. *(J. FROISSART: «Chroniques», lib. II, cap. XLVII.)*

Exaltación de la paz en vísperas de la Guerra de los Cien Años (hacia 1324)

SON, pues, como dijimos, excelentes los frutos de la paz o la tranquilidad, y de la contraria discordia intolerables los males: por lo cual debemos desear la paz, buscarla si no la tenemos, encontrada guardarla y, con todo el empeño, rechazar la contraria discordia. A ella cada uno de los hermanos ha de contribuir, y mucho más las agrupaciones y comunidades entre sí, tanto por el afecto de la caridad como por el vínculo o el derecho de la sociedad humana. A ella también amonestó Platón, según Tulio en el *De los deberes* libro primero, cuando dice: *No hemos nacido sólo para nosotros, parte de nuestro existir lo reclama la patria, parte los amigos.* A la cual sentencia añade Tulio: *Y, como place a los estoicos, lo que se engendra en la tierra, se crea para la utilidad de los hombres, y los hombres son engendrados para los hombres, y en esto hemos de tomar por guía a la naturaleza, aportar lo nuestro a las necesidades comunes.* Y, porque sería de común utilidad, no peque-

ña, más aún, de necesidad, desenmascarar el sofisma de la dicha singular causa de las contiendas, y para los reinos y comunidades amenaza de males no pequeños, cada uno debe poner vigilante y diligente cuidado, queriendo y pudiendo mirar a lo útil. Porque, de no saberlo, no se puede evitar esta peste ni cortar del todo su efecto funesto para los reinos y las sociedades civiles. *(MARSILIO DE PADUA, «El defensor de la paz», Ed. L. Martínez Gómez, pp. 5-6, Madrid, 1988.)*

La sucesión al trono francés en 1328

A la muerte del rey Carlos, los barones fueron convocados para tratar de la guarda del reino. Como la reina estaba encinta y no era posible prever el sexo de la criatura nadie osó, de forma precaria, asumir las prerrogativas reales. Todo el problema era saber a quién, por derecho de próximo parentesco, se le debía confiar la guarda del reino, sobre todo en razón del principio que en Francia la mujer no había tenido acceso al poder real. De su parte, los ingleses declararon que su joven rey Eduardo era el más próximo pariente, en tanto que hijo de una hija de Felipe el Hermoso y, por consiguiente, sobrino del difunto rey Carlos. Si la reina no traía al mundo un varón, este príncipe debería asumir la guarda del reino e incluso su gobierno, más que Felipe, conde de Valois, que no era más que primo-hermano del difunto.

Numerosos juristas competentes en derecho canónico y derecho civil acordaron declarar a Isabel, reina de Inglaterra, descartada de la guarda y conducción del reino, no en razón de su grado de parentesco, sino a causa de su sexo. Si hubiera sido varón le hubiera correspondido el gobierno del reino.

La polémica prosiguió cuando se pasó a discutir la sucesión al trono. Los franceses no admitían fácilmente la idea de ser sujetados a Inglaterra. Pues, si el hijo de Isabel tenían algún derecho que alegar, era en función de su madre. Si su madre no tenía ningún derecho, sucedía lo mismo con el hijo. De otra forma hubiera sido reconocer que lo accesorio quedaba por delante de lo principal. Habiéndose considerado esta sentencia como la más sensata, los barones otorgaron la guarda del reino a Felipe, conde de Valois, que recibió el título de regente del reino. *(JEAN VENNETTE, «Chronique», Ed. Geraud, París, SHF, 1843, t. II, p. 83.)*

Eustaquio Deschamps exhorta (hacia 1395) a los pueblos europeos a que emprendan una nueva cruzada

TODOS los príncipes de la Cristiandad / reyes, condes, duques, caballeros y barones / que tanto los unos contra los otros habéis / incendiado, destruido y matado, según sabemos / que todo se perderá y nos destruiremos / si no hay piedad que sostenga la fe / Somos hermanos, un pueblo y una ley / que Jesucristo quiso ganar por su sangre / Pongámonos de acuerdo y emprendamos el camino / para conquistar de corazón Tierra Santa / la cual por nuestra iniquidad / por nuestra codicia, como orgullosos y felones / a los enemigos de Dios, lo que es lástima / hemos dejado durante mucho tiempo. ¡Oh desgracia! nos herimos / somos pocos y si nos desperdigamos / de tal forma que cada uno no tenga de qué / vivir, pensemos en el buen duque Godofredo / que conquistó Jerusalén por buena guerra / él mismo cruzó el mar, como creo / para conquistar de corazón Tierra Santa.

Animémonos a emprender esta conquista / para hacer la cual hemos de hacer largas treguas / si no hacemos la paz voluntariamente / Requiramos al rey de los francos y al de España / llamemos al

de Aragón y al de Inglaterra / al Preste Juan, a los genoveses / a los venecianos, a Chipre, a Rodas, al rey / de Portugal, llamemos a Navarra / Papa y Emperador, aprestaos / para conquistar de corazón Tierra Santa. *(EUSTACHE DESCHAMPS, «Oeuvres complétes», Ed. Queux de Saint-Hilaire, t. II, París, 1878-1901, pp. 138-139.)*

El impacto de la guerra en la población civil francesa (hacia 1420)

TODO lo que se podía cultivar en estos tiempos en aquellos parajes, tenía que serlo solamente en el interior o en torno a las ciudades, plazas fuertes o castillos y lo suficientemente cerca para que, desde lo alto de una torre o una garita, el ojo del atalaya pudiera avisar de la llegada de bandidos. Entonces, una campana, una trompa o algún otro instrumento daba la señal de replegarse hacia un punto fortificado a todos aquellos que trabajaban en los campos o en los viñedos.

Era cosa común o, al menos, frecuente que los bueyes y caballos de labor, una vez separados del arado, cuando oían la señal del atalaya, inmediatamente, sin que nadie les condujera, y gracias a un hábito adquirido, emprendiesen la carrera, enloquecidos, hacia algún refugio donde se consideraban seguros. Ovejas y cerdos habían adquirido el mismo hábito. *(TH. BASIN: «Histoire de Charles VII», t. II. Ed. Samaran p. 87.)*

Juana de Arco hace un balance de sus éxitos militares

JESUS y María.

Gentiles y leales franceses de la ciudad de Tournai, la Doncella os hace saber la noticia de que en siete días ha expulsado a los ingleses de todas las plazas que mantenían en la orilla del Loira, bien por asalto, bien por otros medios. Ha habido numerosos muertos y prisioneros y se ha sembrado la confusión en la batalla. Sabed que el conde de Suffolk, su hermano Pole, el señor de Talbot, el señor de Scales y el señor Falstaff, junto con muchos caballeros y capitanes, han sido capturados. El hermano del conde de Suffolk y Glasdale han muerto. Manteneos —os lo ruego— firmes y leales franceses. Os ruego también que estéis prestos para la consagración del gentil rey Carlos en Reims en donde nos estaremos. Os recomiendo a Dios para que os guarde y os dé gracia para sostener la buena causa del reino de Francia.

En Gien a 25 de junio. *(Recogido en J. QUICHERAT: «Procés de condamnation et de rehabilitation de Jeanne d'Arc.» París, S.H.F. 1847, t. V, p. 308.)*

Operaciones del condottiero italiano Castruccio Castracani en 1325

EN el año mencionado, Castruccio dañó e incendió los *contados* de Florencia y de Prato, tal como hemos dicho poco antes. Logró en sus diversos ataques muchos prisioneros y el mayor botín que obtuviera hasta su derrota, casi inestimable. Dejó Signa bajo la guarda de los exiliados de Florencia y de 300 caballeros y devolvió al obispo de Arezzo los trescientos caballeros que había mantenido consigo, de continuo, durante la guerra, ricos con los despojos de los florentinos. El 10 de noviembre volvió con gran triunfo y gloria a Lucca para festejar a san Martín. Salieron a su encuentro una gran procesión y todos los hombres y mujeres de la ciudad, como si fuese un rey. Para mayor escarnio de los florentinos hizo que avanzara delante de él el carro con la campana que éstos tenían en su hueste, cubiertos los bueyes con armas de Florencia. Or-

denó que se tañera la campana y que detrás del carro avanzaran los mejores prisioneros de Florencia y micer Raimondo con pequeñas antorchas encendidas, dones para san Martín. Las enseñas real y de la comuna de Florencia iban colocadas en la parte posterior del carro. Luego ofreció cena a todos —unos 50 de los mayores ciudadanos—. Después los hizo aprisionar y les impuso insufribles gravámenes. Ordenó que se les diera tormento y graves penas sin ninguna humanidad. Por ello, muchos de los más ricos, para librarse de los tormentos, se rescataron por medio de grandes sumas. Castruccio obtuvo de nuestros prisioneros y de los franceses y forasteros casi cien mil florines de oro, con los que proveyó a la guerra. *(GIOVANNI VILLANI: «Crónicas Florentinas», Ed. y selección de N. Guigliemi. p. 52. Buenos Aires 1967.)*

Victoria de los polacos sobre los Caballeros Teutónicos en Tannenberg (1410)

APLASTADOS los carros teutónicos, el ejército real avanzó hacia la colina en la que se encontraba el campamento enemigo. Varios de sus escuadrones habían sido puestos en fuga. Las armaduras de los guerreros brillaban con la reverberación del sol. Preparado para proseguir la persecución, el ejército real se arrojó sobre los adversarios. Después de vencer a un pequeño número que había osado resistir, empujó al resto de las fuerzas sin infligirlas daño alguno siguiendo las instrucciones del rey a los soldados de no hacer uso de las espadas. Con una señal, Ladislao, rey de Polonia, ordenó a sus tropas perseguir al enemigo en fuga, pero absteniéndose de causar una carnicería. La persecución duró varias millas aún. Un pequeño número de los huidos escaparon, pero la mayor parte fueron hechos prisioneros, conducidos al campamento y tratados con clemencia por los vencedores. A la mañana siguiente se entregaron al Rey. Muchos se ahogaron en un estanque distante dos millas del lugar del combate, a causa de la confusión y de la presión que se ejercía sobre ellos.

La persecución cesó con la caída de la noche. En este combate encontraron la muerte cincuenta mil enemigos y cuarenta mil fueron hechos prisioneros. Fueron capturados cincuenta y un estandartes. Los vencedores se enriquecieron con los despojos del enemigo. Aunque cuesta trabajo creer las cifras de muertos, hay un medio de confirmarlas: a lo largo de algunas millas, el camino estaba cubierto de muertos. La tierra estaba impregnada con su sangre y el aire se cubría con los gritos y lamentos de los moribundos. *(«Joannis Dlugossii seu Longini canonici Cracoviensis Historiae Polonicae libri XI», t. 13. pp. 62-3. Cracovia 1873, Ed. A. Przezdziecki.)*

El caudillo hussita radical Juan Zizka hace una llamada a la guerra religiosa (1422)

MIS queridos hermanos en Cristo: ¡Quiera Dios que volvais a vuestro primer amor para que podais cumplir las primeras hazañas! Por el amor de Dios os pido que seais siempre los hijos bien amados y que vivais en el temor de Dios y que no os quejéis cuando seais castigados por El, sino que penséis en Nuestro Señor Jesucristo que multiplica vuestra fe (yo os pido) que os levantéis con arrogancia contra los crímenes que cometen los alemanes y tomando ejemplo del coraje de vuestros padres luchéis, no sólo por la causa de Dios, sino por la vuestra propia. ¡Y nosotros, mis queridos hermanos! Según la ley de Dios y del bien común, tenemos que esforzarnos aún más para que cada hombre se levante con un machete o con una piedra en la mano.

Por esto, mis queridos hermanos, tenéis que saber que estamos reuniendo a gente de todas partes para que vayan contra los enemigos y los destructores del país de Bohemia; por lo tanto, decid también vosotros a los sacerdotes que exhorten en sus sermones al pueblo para que combata a este Anticristo, e incluso vosotros mismos gritad en los mercados que todos los que puedan, viejos o jóvenes, estén preparados en todo momento.

Y nosotros vendremos pronto, con la ayuda de Dios, a reunirnos con vosotros; tened, pues, preparado pan, cerveza y forraje para los caballos, y tened todos un arma preparada porque ha llegado la hora de pelear no sólo contra los de nuestro propio país, sino contra el extranjero. Acordaos de vuestro primer combate en el que los destrozasteis, luchasteis pequeños contra grandes, poco numerosos contra una multitud, vosotros sin uniforme contra soldados con armaduras. Por lo tanto, el brazo de Dios no ha aflojado aún su fuerza. ¡ Esperad, pues, en Dios; estad preparados. Que el Señor Dios os fortalezca! «Datum Orlíkf, VI, post navitatis Mariae anno 1422».

Administrador del pueblo de Tabor en espera de Dios. JEAN ZIZKA DEL CALIZ. *(Recogido por J. Macek en «Herejía o revolución? El movimiento husita»). Ciencia Nueva. Madrid, 1967 pp. 121-122.)*

Incursión castellana en la frontera granadina durante la campaña de Antequera (1407)

EN viernes a catorze días de octubre, partieron para entrar en tierra de moros el maestre de Santiago, e don Pero Ponçe de León, e don Aluar Pérez de Guzmán, alguaçil mayor de Seuilla, con el pendón de Seuilla, e Juan Furtado de Mendoça, e Juan Fernández Pacheco, e Lope Vázquez de Acuña, e Gómez Suárez, fijo del mestre de Santiago, e los comendadores mayores de Castilla e de León, que eran todos fasta mil e quatroçientas lanças; e fuéronse derecho a Ortexica, vn castillo de los moros. E quisiéralo el maestre combatir, e los moros que lo tenían diéronselo por pleitesía, con condiçion que los dexasen yr en saluo, e que les conprasen el bastimento que ende tenían. E fiziéronlo ansí, e entregáronle luego a Ortexica, e él puso en él recaudo.

E partieron dende, e entraron por el puerto de la Ferradura, e dexaron a mano yzquierda el Burgo, e Turón, Fardales, e las Cuevas de Cojaf, que son aquende (el) puerto. E fueron luego a Caçarabonela, e enbió el maestre sus corredores de allí, por dos partes; en la vna enbió a su hijo Gómez Suárez contra Cártama, por do él sabía que estaua todo el ganado de los moros, e por otra en vió a don Pero Ponçe de León, contra otras aldeas del dicho valle.

E entraron en Val de Cártama, e entráronlo e quemáronlo, e quemaron vna aldea que llaman Utiua, que es a legua y media de Málaga, e quemaron otras dos aldeas de Cártama, que les dizen a la vna Santillana e a la otra Luchar. E Gómez Suárez, cuando vino con los corredores a la venida por Cártama, quemó el arrabal, e quemaron a Palmete, que es de Val de Alora, e quemaron el arraual de Arona. E salieron por el puerto Llano, e arrancaron del canpo siete mill vacas e doze mill ovejas, las quales traxeron a saluo al real.

E estouieron en esta entrada çinco días, e mataron quantos moros fallaron, ganaderos e otros, serían fasta cinquenta, e traxeron presos fasta treinta e çinco moros. E avn el maestre quisiera que estouieran más dentro, sino talegas, que eran ya comidas, que los más dellos estouieron vn día e medio que no comieron pan ni bebieron vino; e por ende se vinieron.

E como quier que todos estos caualleros son muy buenos caualleros, que farían todo bien do quier que fuesen, pero el maestre de

Santiago don Lorenço Suárez era buen cauallero, e muy esforçado, e muy cuerdo, e muy sabidor de la guerra, e muy acuçioso en ella. E en esta entrada, sin duda que él afanó mucho en ella, fasta no dormir de noche. E guardaba la caualgada de noche, e rodeáuala a la salida, porque la no furtasen, porque se viese el trauajo que en ello avía tomado. *«Crónica de Juan II de Castilla», Ed. J. M. Carriazo. Madrid, 1982, pp. 161-1.)*

Ultimátum de Mahomet II a Constantino XI en vísperas del asalto otomano a Constantinopla (1453)

DISPUESTO ya todo para el ataque a Constantinopla, Mahomet envió un mensajero al Emperador que le dijo: «Todo está listo para la ofensiva que he preparado desde hace tiempo. Quedas advertido. Confiamos a Dios la suerte de esta empresa. A nuestro requerimiento para capitual ¿qué contestas? ¿No piensas que es conveniente que salgas de la ciudad con todos los grandes de tu corte y sus riquezas? De esta forma tu pueblo no sufrirá daño alguno ni de tu parte ni de la mía. En caso contrario, si rechazas mi oferta y resistes, es seguro que perderás tu vida, tu riqueza y la de los tuyos. Entregarás, así, a tu pueblo a la dispersión en cautividad por los Turcos a través del mundo». El emperador, en presencia del senado, respondió «Si quieres imitar a tus antepasados y tener la paz con nosotros, daremos gracias a Dios por ello. Ellos tuvieron, en efecto, la amistad de mis antepasados. Esta ciudad ha servido de refugio y de patria a todos aquellos abrumados por la desgracia; ninguno de los que la han sitiado ha vivido mucho tiempo. Nuestras ciudades y nuestro país han sido tomados a la fuerza. Abandónalos y, como si hubieras obrado justamente, te concederemos un tributo anual tan elevado como nos sea posible. Así quedará restablecida la paz. Ignoras si tu esperanza es engañosa y si vas a convertirte en presa de otros enemigos. En cuanto a entregar la ciudad no está en mi poder ni en el de ciudadano alguno. Un solo propósito nos es posible: morir y no tener ninguna consideración por la vida». *(MIGUEL DUCAS: «Historia Bizantina». Corpus Scriptorum historiae byzantinae, vol. XXXIX, pp. 279-80.)*

El peligro turco sobre las costas de Italia (1480)

EN este tiempo vino grande ejército de turcos a Europa, a un lugar de Apulla que se dice Odranto, cerca de la mar y tomolo por fuerza de armas. En el cual, el capitán de los turcos dejó gran guarnición y mucha gente, y se volvió a Asia, con propósito de volver con mayor ejército y tomar todos los señoríos de Italia, y tomada Roma, extinguir y disipar los sacerdotes y el nombre Cristiano. De lo cual, siendo avisados los Príncipes Católicos por cartas y embajadores de Don Fernando, Rey de Nápoles, cuyo era el lugar que los turcos habían tomado, determinaron socorrer a los peligros que se ofrecían de Italia y de Sicilia. Y siendo llamados hombres de España expertos en la navegación, mandaron luego pasar a Italia y a Sicilia setenta naos llenas de gente de guerra, a velas y remos, e hicieron capitán de ellas a D. Francisco Henríquez, hermano del Almirante Don Alonso y tío del Rey Don Fernando. De las cuales unas luego salieron del puerto de Laredo, otras de Cádiz, y fueronse todas a juntar en Cartagena. Y de allí sucediéndoles el tiempo muy próspero, en pocos días, unas llegaron a Nápoles y otras a Palermo. Y, oyendo esto los turcos, que estaban en Odranto, hubieron gran miedo, y sin esperanza de ser socorridos, porque ya era muerto su capitán se salieron huyendo... *(LUCIO MARINEO SICULO: «Vida y hechos de los Reyes Católicos». Ed. J. de León, pp. 55-56. Madrid 1943.)*